

# EL COMENTARIO DE SAN AGUSTÍN DE HIPONA A LOS SALMOS GRADUALES

(2ª PARTE: SAL 119-121)<sup>1</sup>

## Introducción<sup>2</sup>

Tal vez los lectores se sorprendan de la presentación de los comentarios de san Agustín a los Salmos que hacemos en estos números de la revista *Cuadernos Monásticos*. La exégesis moderna no sólo ha recorrido otros caminos para poder explicar los textos de las Sagradas Escrituras, sino que también, a veces, ha rechazado el tipo de exégesis elaborada por los Padres de la Iglesia. Es por eso que en esta breve introducción a la 2ª Parte de las *Enarraciones de san Agustín a los Salmos Graduales* haremos un bosquejo de los principios que regían la lectura de la Sagrada Escritura en el mundo de los Padres de la Iglesia, para que se haga manifiesta su perenne actualidad y su total complementariedad con los distintos métodos de exégesis que han surgido a lo largo de la historia de la Iglesia.

### *El punto de partida de la exégesis patristica: la función del texto<sup>3</sup>*

Uno de los errores que se cometen al estudiar la exégesis patristica es la de no saber percibir los principios de crítica literaria que ellos utilizaban en su tiempo y que no son necesariamente los de hoy. Como fruto

<sup>1</sup> Introducción, traducción y notas del P. Abad Fernando Rivas, osb, de la Abadía San Benito de Luján.

<sup>2</sup> Seguimos principalmente la Introducción de A. Trapè, *Introduzione generale a sant'Agostino*, Roma 2006. Cfr. también MORÁN, J., *Obras de San Agustín, Enarraciones sobre los Salmos*, vol. I, Madrid 1964, 40-48.

<sup>3</sup> Seguimos a HADOT, P., *Esercizi spirituali e filosofia antica*, Torino 1988, 29-42.

de esta incompreensión no sólo se rechaza un método que era el de su época, sino que a su vez, no permite percibir en qué medida puede ser aprovechado hoy, cuando fue de tanta utilidad para tantas generaciones de cristianos.

Y esto tiene una importancia particular tratándose de los primeros seis siglos de la Iglesia en los que seguían vigentes los grandes patrones de estudio y formación de textos de la retórica clásica. Sabemos por el testimonio de muchos Padres de la Iglesia que ellos mismos se formaron en esos estudios clásicos en los centros filosóficos griegos y sus escuelas subsidiarias como la de Libanio<sup>4</sup>, en Antioquía. San Agustín da testimonio de su formación retórica dentro del mundo latino. Y teniendo en cuenta que esa formación tenía como centro las materias: lógica, retórica, gramática y dialéctica (*quadriivium*), podemos decir que enseñar a leer un texto (y escribirlo) era para ellos algo mucho más riguroso y técnico que para el hombre moderno, particularmente el que nace a partir del racionalismo.

Veamos cuáles son esas pautas fundamentales que regían la lectura de un texto.

#### *Leer un texto es hacer un ejercicio espiritual<sup>5</sup>*

Con la aparición de la mentalidad racionalista la lectura de un texto pasa a ser equivalente a la captación de un contenido por la inteligencia. Y la captación del contenido se da por la reflexión y el estudio (*cogitatio*) del texto. De este modo leer a Aristóteles tendría por objeto sólo entender sus conceptos. Pero esto se hace más difícil en un Platón, en quien los conceptos pierden el carácter de ser tan “claros y distintos”, dejando entrever que tienen otra función. Y, según los mismos especialistas, uno de los objetivos principales de sus escritos es enseñar al lector y guiarlo para aprender a desprenderse del peso material de que están revestidas habitualmente las ideas del hombre y poder acercarse a la pureza que tiene en su misma fuente, que ya no es su simple concreción en las cosas materiales, sino su pureza en cuanto reflejan la Belleza del Ser Supremo<sup>6</sup>.

<sup>4</sup> FESTUGIERÉ, A. J., *Antioche païenne et chrétienne. Libanius, Chrysostome et les moines de Syrie*, Paris 1959.

<sup>5</sup> Ha sido P. RABROW en su obra *Seelenführung, Methodik der Exercitien in der Antike* (München 1954) quien ha dado mayor impulso a esta revisión de la forma de leer a los antiguos y del redescubrimiento del sentido que tenía para ellos un texto escrito. Incluso señala la dependencia de los *Exercitia spiritalia*, de san Ignacio de Loyola, de los ejercicios espirituales de la filosofía antigua.

<sup>6</sup> Cfr. COURCELLE, P., *La Consolation de la Philosophia dans la tradition littéraire*, Paris 1967, 355-372.

Es decir, los textos son principalmente un guía que llevan a que el lector haga un ejercicio espiritual de “liberación del alma” del peso de la materia para alcanzar las cosas en su más profunda raíz espiritual. En los sucesores de Platón, el neoplatonismo que surge a partir del siglo II, cada uno de sus autores tiene la preocupación explícita por señalar cuál es el objetivo que persiguen en la lectura de un texto<sup>7</sup>. Porfirio enseñará a sus lectores a pasar de lo individual y concreto a lo abstracto y espiritual. Plotino insistirá en la purificación del alma de todo lo corpóreo para llegar a la Inteligencia pura y Una<sup>8</sup>.

Es debido a esta concepción de la lectura como realización de un ejercicio espiritual, que los grandes maestros transforman sus cátedras en escuelas de vida, pues la lectura de un texto y su comprensión no sólo implica el intelecto del lector, sino la transformación de toda su vida.

El mismo san Agustín, en algunas de sus obras, hace evidente esta finalidad primordial del texto. Por ejemplo en sus *Confesiones*, busca que el lector siga el itinerario de su vida, para que haga él mismo ese camino que es, ante todo, un continuo acto de acción de gracias por la mano providente de Dios. Pero también en los tratados teológicos como el *De Trinitate*.

«El *De Trinitate* de Agustín presenta una serie de imágenes psicológicas de la Trinidad que no forman un sistema coherente, y que, por este motivo, provocan muchos problemas a los comentaristas. Pero, en realidad, Agustín no quiere presentar una teoría sistemática de las analogías trinitarias. Quiere que el alma experimente, con una vuelta sobre sí misma, el hecho de ser imagen de la Trinidad: “Estas tríadas –dice él mismo– se producen en nosotros y están en nosotros cuando recordamos, cuando miramos, cuando queremos alguna cosa”. San Agustín guía al alma para que en el triple acto del recuerdo de Dios, del conocimiento de Dios, del amor a Dios, descubra ser imagen de la Trinidad»<sup>9</sup>.

Otro caso en que se hace muy claro este objetivo de los textos es el de las biografías. Tanto una *Vida de san Antonio* de san Atanasio de Alejandría, o una *Vida de Moisés* de Gregorio de Nisa, o bien los *Diálogos* de Gregorio Magno, todos ellos ponen al lector en un camino a recorrer

<sup>7</sup> HADOT, P., *Le problème du néoplatonisme alexandrin*, Paris 1978, 152-158.

<sup>8</sup> DELLA VOLPE, G., *La mistica da Plotino a S. Agostino e la sua scuola*, Messina 1950, 3-15.

<sup>9</sup> HADOT, P., *Esercizi spirituali e filosofia antica*, Torino 1988, 66.

siguiendo de la mano los acontecimientos de la vida de su *héroe*<sup>0</sup>. Y sería un grave error si el lector contemporáneo buscara, como de hecho lo hace, el “mensaje” subyacente al texto. El texto encierra un itinerario y el lector, en su *lectio*, realiza un verdadero ejercicio espiritual, propuesto por el autor.

De allí surge que esa *lectio* de un texto importante era ante todo un “ejercicio” (*meleté, gymnastá*, en griego) y no una *cogitatio* de los contenidos<sup>11</sup>. Y ese ejercicio era ante todo una repetición que implicaba, en la mayoría de los casos, un conocimiento de memoria del texto, lo que permite poder seguir su itinerario completo. Sabemos por el testimonio de ciertos Padres cómo de jóvenes tuvieron que aplicarse a la memorización de los *Diálogos* de Platón, y se reprochan que, siendo ahora cristianos, no realizan el mismo esfuerzo para aprender las Escrituras. El mismo Jerónimo siente temor por el hecho de que de su memoria brotan continuamente las frases y giros poéticos de los clásicos, a quienes se propuso dejar.

Por eso se ha llegado a decir que cada gran maestro proponía con sus textos una escuela de vida espiritual para sus discípulos, orientándolos con ellos hacia ciertos temas, determinadas actitudes y cambio de hábitos fundamentales de la vida. Y uno de esos objetivos que subyace a todos los demás era el dirigir la mirada del lector hacia la interioridad y a conocerse a sí mismo. El conocer es un verdadero ejercicio espiritual y para poder alcanzarlo se debe, en primer lugar, transformarse uno mismo siguiendo el modo y método que propone el autor.

Todo esto era la base misma de la retórica clásica, tanto en el mundo greco-romano como en el semítico, es decir, el de las Sagradas Escrituras.

### *La primera tarea del lector es aprender a leer.*

Teniendo en cuenta que un texto fue escrito para hacer que el lector siga un itinerario espiritual al leerlo, lo primero que debe saber, al tomar un texto, es que lo importante es hacer ese proceso y no detenerse en los detalles o instrumentos que ayudan a ese proceso, entre los cuales muchas veces se encuentran los conceptos mismos que atraen tanto la atención del lector racionalista. Aprender a leer es aprender ante todo a saber captar el ejercicio espiritual que el texto, que el autor a través de él, propone, y dejar en un segundo plano las cosas accesorias. Por ejemplo,

<sup>0</sup> Cfr. DANIÉLOU, J., *Platonisme et théologie mystique. Essai sur la doctrine spirituelle de Grégoire de Nysse*, Paris 1944, 221-267.

<sup>11</sup> LECLERCQ, J., *Etudes sur le vocabulaire monastique du moyen âge*, en *Studia Anselmiana* 48, (Roma 1961), 70-80 y 157-159.

hoy se ve con mayor claridad que la lectura del tratado de los vicios capitales de Evagrio Póntico (*Praktikós*) y de Casiano (*Instituciones*, V-XII) tiene por objeto que el lector haga un reconocimiento del estado de su propia vida interior y descubra la verdadera causalidad entre sus vicios, y no que aprenda cuál es la definición de cada uno de los vicios ni el orden que siguen entre ellos<sup>12</sup>.

De este modo vemos que la retórica clásica invierte el orden de primacía que un lector moderno atribuye a los elementos de un texto. Esto quiere decir que a través de los conceptos e ideas que un autor presenta en sus textos lo que él está buscando es que el lector realice un camino interior y no que se quede con el contenido de esos conceptos en abstracto. Y, lo más importante, es saber que recién cuando se haga ese recorrido el lector va a entender esos conceptos abstractos, pues son abstraídos, extraídos de dicha experiencia y no de la nada. Y el resultado de todo ello es que el lector termina descubriendo la riqueza del texto en su misma experiencia. Ellos no tenían el gran prejuicio moderno de lo “objetivo” absoluto, de lo “científico” que no está contaminado con lo subjetivo y que es igual para todo lector y toda época, tal como lo busca la exégesis bíblica moderna.

Pasado todo ello al mundo de las Sagradas Escrituras podemos decir que el espíritu que anima la lectura bíblica de los Padres de la Iglesia es ésta. No buscan tanto desentrañar los contenidos objetivos encerrados en ellas, de los cuales abstraer verdades absolutas. Esto lo hicieron cuando tuvieron que defender la fe de la heterodoxia, y quedó bien limitado al mundo de los Concilios y sus definiciones. Pero cuando se trataba de comentar a san Juan o los Salmos, no tenían ningún problema en presentar reflexiones muy distintas e incluso métodos exegéticos diversos, pues todos ellos apuntaban a una misma cosa: que el lector se pueda acercar a la experiencia del autor sacro.

Un texto muy conocido que revela este espíritu de lectura y hermenéutica bíblica es el que Juan Casiano presenta al hablar de la oración y la oración repetida de los Salmos:

“Vivificado con este alimento (la repetición de los Salmos), del que no cesa de nutrirse, el lector penetra en el íntimo sentido de los salmos. Y así no es de maravillar que los recite no como compuestos por el Profeta, sino como si fuera él mismo el autor. Esto es, como si se tratara de una plegaria personal, sintiéndose movi-

<sup>12</sup> DRISCOLL, J., *The “Ad Monachos” of Evagrius Ponticus, its structure and a select commentary*, Roma 1991, 361-384.

do de la más honda compunción. O bien los considera escritos a propósito para él, y comprende que los sentimientos que contienen no se realizaron antaño en la persona del Salmista, sino que se cumplen en él todos los días. Y es que en realidad los textos bíblicos se nos hacen más asequibles así. Aparece claramente su corazón y su meollo cuando no solamente comprendemos su sentido por nuestra experiencia, sino que nos adelantamos a ese mismo conocimiento. Entonces lo que nos revela las verdades que contienen no son las palabras, sino la prueba que hemos hecho nosotros personalmente. Penetrados de los mismos sentimientos en los cuales fue compuesto o cantado el salmo, venimos a ser, por decirlo así, los autores. Nos anticipamos al pensamiento más bien que lo seguimos; captamos el sentido más que comprender la letra. Las palabras santas evocan en nosotros el recuerdo de cosas vividas (*Col. X, 11*).

Siguiendo el pensamiento de Casiano, que de algún modo refleja el de la retórica general de su época, el lector que vive el proceso que le está señalando el texto llegará a superar el mismo texto, pues vivirá su propia experiencia de los mismos en el lugar y día en que él mismo lo vive. Y eso es lo que buscaba el autor. No que se detenga en lo que él pudo enseñar de su propio conocimiento, sino que el discípulo, conducido por sus escritos, llega a hacer la propia experiencia y descubrir la vida que se esconde detrás de ella que, en el caso de las Escrituras, es la vida del Espíritu Santo.

Es por eso que los Padres de la Iglesia no buscaban establecer “el comentario objetivo” a un texto de la Escritura. Había muchos, o tantos cuantos lectores hubiese. El discípulo que escuchaba a un Padre comentando un texto, debía captar el camino espiritual que éste le señalaba en el texto, debía recorrerlo y, entonces, forjar su propia conclusión sobre el texto. De este modo el texto superaba su propia literalidad para entrar en la vida del lector y transformarla, haciéndose fuente de una comprensión cada vez mayor. Y por eso grandes exégetas como Gregorio Magno no dudaban en decir que el texto (de la *Escritura*) crece con cada uno que lo lee (*Ep. L IV,31; Mor. L XX,1*).

### *Descubrir el hilo conductor de un texto*

Nada de lo dicho va en detrimento de la importancia del texto para los Padres de la Iglesia. Al contrario. Fueron ellos los primeros en tener la preocupación de establecer el texto crítico de la Biblia y de dar un aparato crítico de las distintas versiones circulantes. Todo ello era esencial

para poder captar el sentido y la secuencia del texto que establece el itinerario espiritual que va a recorrer el lector. De este modo se puede establecer la continuidad y encadenamiento (*akoluthía*) del texto. Gracias a ello se podían conocer las etapas del camino que el lector tenía por delante y así poder señalárselas. Y para percibir esa secuencia del texto era crucial descubrir las “palabras gancho” que lo unían y que muchas veces pasaban a ser un *leit motiv* que el lector debía reconocer como clave del texto.

Por otra parte los Padres de la Iglesia estaban mucho más familiarizados que nosotros en todas las figuras retóricas con que puede presentarse una misma idea, produciendo en cada caso un efecto distinto en el lector. Junto a ello las estructuras literarias eran mucho mejor captadas por estos hombres que poseían un libro entero (y varios más) de la *Biblia* en su memoria. De este modo captaban las resonancias internas en un libro, como se ha descubierto recientemente con la *Carta a los Hebreos*, y por eso sabían dónde poner el énfasis de la lectura y dónde dejar correr las palabras hasta el siguiente texto fuerte. Y habiendo comentado la *Biblia* muchas veces en homilías, estos Padres manejaban de un modo magistral las inclusiones, que dan la sensación de una idea perfectamente cerrada y acabada; de los quiasmos, que van estableciendo círculos concéntricos en torno a lo que el autor descubrirá con sorpresa que es la idea principal: la que está en el centro, y no al final de un libro, como piensa el lector racionalista. O bien el resaltar las imágenes. Muchas veces un texto habla e impacta mejor en el lector por sus imágenes y ejemplos, y no por los conceptos.

### *El dinamismo espiritual de los “Salmos Graduales” según san Agustín.*

En el comentario a los *Salmos Graduales* Agustín hace explícito algo que cuando comenta todo el Salterio queda en cierto sentido velado: toda la vida del hombre es una *ascensión* y ese es el itinerario que debe reconocer en los salmos y en su vida<sup>13</sup>. En efecto, todo el Salterio señala un itinerario que hemos presentado ya, pero ahora, en esta colección interna del Salterio, san Agustín precisa que es una ascensión. Por otra parte, en la mayoría de sus escritos, san Agustín señala diversos modos en que el hombre asciende a Dios. Todo hombre busca a Dios y trata de llegar a Él por la vía del ser, de la verdad o del amor. Es más, el camino de Cristo mismo, tal como lo señalaron los *Evangelios*, fue una ascensión. En un principio parecía una ascensión a Jerusalén, tal como lo presentan estos salmos. Pero después los discípulos entendieron que su Ascensión

<sup>13</sup> MADEC, G., *La patrie et la voie. Le Christ dans la vie et la pensée de saint Augustin*, en *Études Augustiniennes*, Paris 1989, 28-35.

era junto al Padre. Y que para ello debía padecer. Entonces sus inteligencias se abrieron para comprender las palabras que tanto repetía el Señor: *Todo el que se eleva será humillado, y el que se humilla será elevado* (Lc. 18,1). Estas palabras no encierran un simple camino espiritual. Es el camino que recorrió Cristo, por el cual volvió al Padre. Pero volver era ascender. Y para ascender debió descender:

Por aquí, entonces, debemos subir para llegar allí, es decir, por medio de sus figuras para llegar a su ser divino. En su humillación se ha convertido en modelo para ti. Él mismo forzó a los que se negaban a subir por el valle de lágrimas, a los que querían subir precipitadamente; a los que pensaban en altos honores, y no en el camino de la humildad. Supongo que se darán cuenta de qué estoy hablando: dos discípulos quisieron sentarse al lado de Cristo, uno a la derecha, el otro a la izquierda. El Señor se dio cuenta de que se preocupaban por honores, demasiado rápido y fuera de lugar, cuando debían aprender a humillarse para ser ensalzados; y por eso les dice: ¿Podéis beber el cáliz que yo he de beber? (Mt 20,21-22). Él iba a beber el cáliz de la pasión en el valle de lágrimas; pero ellos, sin fijarse en la humildad de Cristo, pretendían la dignidad de Cristo. Como a los que se pierden, el Señor los volvió a llamar al buen camino, pero, no negándoles lo que ellos querían, sino mostrándoles por dónde lo iban a poder conseguir (*Comentario al salmo 119,1*).

La humildad es el camino de Cristo, el camino del cristiano, el camino de los *Salmos Graduales*. Es así como presenta el camino en el comentario al primero de estos salmos, el 119. San Agustín hace descubrir ese camino de elevación y humillación a lo largo de la vida del hombre, en las distintas imágenes que presentan estos salmos: la aflicción, los valles profundos, la angustia, el destierro, el pecado, el llanto, la guerra, son los nombres que toma la humillación en la vida del hombre. Levantar los ojos, mirar los montes, Jerusalén, la bendición, el clamor, el canto, la santidad, la paz, son imágenes del alma que ha levantado su corazón hacia el Señor<sup>14</sup>. Todos ellos sintetizados en esa joya del salterio que es el pequeño *Salmo 130*, el duodécimo escalón de los *Salmos Graduales*, que en la versión que usa san Agustín dice así:

*Señor, mi corazón no se ha engréido,*



*ni mis ojos han sido altaneros,  
ni he caminado en grandezas,  
ni en cosas más admirables que yo.  
Pero, si no sentí humildemente,  
si por el contrario, mi alma se engrió,  
que, en castigo, sea tratada como un bebé apartado  
del pecho de su madre.  
Espere Israel en el Señor desde ahora y para siempre.*

Este es el camino de la ascensión que san Agustín vio en Cristo y que presenta para todo cristiano<sup>15</sup>. Es la síntesis del evangelio y de toda vida espiritual. Siguiendo los *Salmos Graduales* san Agustín propone al lector realizar el mismo camino de Cristo. Él, como cabeza, ya lo realizó en su Misterio Pascual, la Iglesia, como su Cuerpo, lo sigue por una atracción que el mismo Cristo había anunciado: *cuando sea elevado atraeré a todos hacia mí (Jn 12,32)*:

Dijimos que su voz gritaba desde el cielo: *Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues? (Hch 9,4)* Y sin embargo, Saulo no lo tocaba, es más, ni siquiera lo veía. Pero ¿cómo se demuestra que nosotros estamos con Él en el cielo? Por lo que dice el mismo apóstol Pablo: *Así pues, si habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la diestra de Dios. Aspirad a las cosas de arriba, no a las de la tierra. Porque habéis muerto, y vuestra vida está oculta con Cristo en Dios (Col 3,1-3)*. Él está aún abajo, y nosotros estamos arriba; Él está abajo por la compasión de la caridad, y nosotros arriba, por la esperanza de la caridad. Pues *hemos sido salvados por la esperanza (Rm 8,24)*. Pero, como nuestra esperanza es segura, aunque aún no haya sucedido nada, se habla como si ya nos hubiera acontecido. (*Comentario al salmo 122,1*)

Con esta citación de los *Hechos de los Apóstoles (Hch 9,4)*, al comienzo de los tres salmos graduales que presentamos, san Agustín recuerda siempre al cristiano su identidad con Cristo. Cristo resucitado ha ascendido a la derecha del Padre y llama a todo su Cuerpo, al Cristo Total, la Iglesia, a recorrer el mismo camino de ascensión. Y ese camino es el de la humildad, el de los *Salmos Graduales*, que hacen descender al hombre

<sup>15</sup> *Id.*, 247-248.

<sup>16</sup> *Id.*, 203-204.

para elevarlo junto con Cristo<sup>16</sup>.

## TEXTO

### *Salmo 122*

1. Asumí como tarea, para provecho de ustedes, explicar por orden los cánticos del que sube; del que sube y del que ama, del que sube porque ama. Todo amor sube o baja. Por el amor bueno nos elevamos a Dios y por el malo nos precipitamos en el abismo. Pero, como ya hemos caído por el mal deseo, veamos quién es el que no cayó, sino que, mejor dicho, bajó hasta nosotros, para que así, nosotros, uniéndonos a Él, podamos ascender, ya que no podemos hacerlo por nuestras propias fuerzas. El mismo Señor Jesucristo dijo: *Nadie sube al cielo sino el que descendió del cielo, el Hijo del hombre, que está en el cielo*<sup>17</sup>. Parece que esto sólo lo ha dicho de sí mismo. Entonces ¿los demás deberán permanecer abajo, ya que sólo sube el que descendió por sí mismo? ¿Qué deben hacer los demás? Unirse a su Cuerpo para que haya un solo Cristo, el que baja y sube. Bajó la Cabeza y sube con el Cuerpo; se revistió de su Iglesia, a la que *escogió para sí mismo, sin mancha ni arruga*<sup>18</sup>. Por tanto, únicamente Él sube. Pero, cuando estamos unidos a Él de este modo, nosotros somos sus miembros; sólo Él está con nosotros, y así somos una sola cosa, siempre somos uno. La unidad nos incorpora al uno: así pues, los únicos que rehúsan subir con Él son los que no quieren ser uno con Él. Al asumir la carne se hizo mortal. Con esa carne, inmortal ahora después de resucitar, se halla en el cielo. Y, aunque en el cielo ya no sufre ni persecuciones, ni ultrajes, ni oprobios tales como padeció cuando vivió en el tiempo terreno, no obstante sigue compadeciéndose de su Cuerpo que sufre en la tierra. Por eso dijo: *Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?*<sup>19</sup>. A Él ya no lo tocaba nadie, y, sin embargo, clamaba desde el cielo diciendo que padecía persecución. Por tanto, no debemos perder la esperanza; es más, debemos gloriarnos con suma confianza de que, si, por la caridad, está en la tierra con nosotros, por la misma caridad estamos nosotros con Él en el cielo.

Dijimos que su voz gritaba desde el cielo: *Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?* Y sin embargo, Saulo no lo tocaba, es más, ni siquiera lo veía. Pero ¿cómo se demuestra que nosotros estamos con Él en el cielo? Por lo que dice el mismo apóstol Pablo: *Así pues, si habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la diestra de Dios.*

<sup>17</sup> Jn 3,13.

<sup>18</sup> Cf. Ef 5,27.

<sup>19</sup> Hch 9,4.

*Aspirad a las cosas de arriba, no a las de la tierra. Porque habéis muerto, y vuestra vida está oculta con Cristo en Dios*<sup>20</sup>. Él está aún abajo, y nosotros estamos arriba; Él está abajo por la compasión de la caridad, y nosotros arriba por la esperanza de la caridad. *Pues hemos sido salvados por la esperanza*<sup>21</sup>. Pero, como nuestra esperanza es segura, aunque aún no haya sucedido nada, se habla como si ya nos hubiera acontecido.

2. Así pues, que suba el canto de todos, de los que suben con el corazón, y que cada uno sea este único hombre, porque todos ustedes son uno en Cristo: cuando cada uno canta esto, un solo hombre es el que canta y no dice: “A ti, Señor elevamos nuestros ojos”, sino: *A ti, Señor, elevé mis ojos*. Debemos pensar, entonces, que habla cada uno de ustedes; pero, fundamentalmente habla aquél que también se halla presente en toda la tierra. Uno es el que habla, y dice en otro lugar: *Desde los confines de la tierra clamé a ti, cuando se angustiaba mi corazón*<sup>22</sup>. ¿Quién clama desde los confines de la tierra? ¿Quién es el único hombre presente hasta en los límites de la tierra? Cualquier hombre puede clamar en su propia región; pero ¿hasta los confines de la tierra?

Sin embargo, la herencia de Cristo, aquella de la cual se dijo: *Te daré en herencia las naciones, y en posesión los confines de la tierra*<sup>23</sup>, clama y dice: *Clamé a ti desde los confines de la tierra cuando se angustiaba mi corazón*. Cuando se llene de angustia nuestro corazón, y entonces, sí, clamaremos. ¿Por qué causa se entristecerá nuestro corazón? No por las cosas que también los malos sufren aquí, por ejemplo, las desgracias, ya que, si por ello se nos angustia el corazón, es ceniza. Ignoro qué pueda tener de extraordinario que tu corazón se angustie a causa de la desaparición de alguno de los tuyos, si es voluntad de Dios. También por esto se angustian los corazones de los infieles, también esto lo sufren quienes aún no han creído en Cristo. ¿Por qué razón se entristece el corazón del cristiano? Porque aún no vive con Cristo. ¿Por qué razón se angustia el corazón del cristiano? Porque peregrina y desea llegar a la patria. Si tu corazón se angustia por esto, gimes, aunque hablando humanamente seas feliz. Y si todo te sale bien y por todas partes el mundo te sonrío, de todos modos, tú gimes, porque sabes que estás peregrinando; y si sientes que posees la felicidad que anhelan los necios, igual gimes, porque buscas la que se

<sup>20</sup> Col 3,1-3.

<sup>21</sup> Rm 8,24.

<sup>22</sup> Sal 60,3.

<sup>23</sup> Sal 2,8.

funda en la promesa de Cristo; y buscándola la deseas, y deseándola subes, y ascendiendo cantas el *cántico de la subida*; y, cantando el *cántico de la subida*, dices: *Elevé mis ojos a ti, que habitas en el cielo.*

3. Mientras sube, ¿A dónde debería elevar los ojos? Obviamente que a donde se dirige y desea subir. En efecto, sube desde la tierra al cielo. Miren abajo: pisamos la tierra con los pies; miren arriba: el cielo, que contemplamos con los ojos; subamos cantando: *A ti que habitas en el cielo, elevé mis ojos.* ¿Dónde están las escaleras? Inmensa es la distancia que separa el cielo de la tierra, inmensa la separación, inmenso el espacio que los distingue. Queremos subir allí, pero no vemos escaleras. ¿Acaso nos engañamos cuando cantamos el *cántico de la subida*? Subimos al cielo si pensamos en Dios, que ha subido en el corazón. ¿Qué significa “*subir en el corazón*”? Aprovechar en lo que se refiere a Dios. Así como todo el que desespera no baja, sino que cae, así también todo el que progresa sube; pero sólo si su progreso no es razón para que se ensoberbezca; si así sube, no cae; en cambio, si al avanzar se ensoberbece, cuando sube vuelve a caer. ¿Qué debe hacer para evitar ensoberbecerse? Elevar los ojos a Aquél que habita en el cielo, y no replegarse sobre sí mismo. En efecto, el soberbio se mira a sí mismo, y el que busca la complacencia en sí mismo se considera importante. Pero el que busca la complacencia en sí mismo, en realidad, sólo agrada a un hombre necio, porque se vuelve necio siempre que busque agradarse a sí mismo. El único que puede ser agradable es el que agrada a Dios. ¿Y quién agrada a Dios? Aquél, en quien Dios se complace. Dios no puede ser desagradable para sí mismo; que entonces, te sea también agradable, para que así tú le agrades a Él. Pero, no puede serte agradable, si antes no dejas de complacerte en ti mismo; si no buscas complacerte en ti mismo y apartas la mirada de tu persona. ¿Por qué te miras? En realidad, si te miraras con atención, encontrarías lo que te desagrada y dirías a Dios: *Mi pecado está siempre ante mí*<sup>24</sup>. Decídetes a mirar de frente tu pecado, para que no esté ante Dios, y no pretendas ponerte delante de ti mismo, para que así puedas estar delante de Dios.

Queremos que Dios no aparte de nosotros su rostro, pero deseamos que aparte su rostro de nuestros pecados; éstas son las dos cosas que se le pide en los salmos: *No apartes tu “rostro de mí”*<sup>25</sup> es la voz del salmo, es nuestra voz; el que dice: *No apartes tu rostro de mí*, mira lo que dice en otro lugar: *Aparta tu rostro “de mis pecados”*<sup>26</sup>. Si quieres que Dios aparte

<sup>24</sup> Sal 50,5.

<sup>25</sup> Sal 26,9.

<sup>26</sup> Sal 50,11.

su rostro de tus pecados, antes deja de mirarte a ti mismo, pero mira tus pecados. Pues, si tú siguieras mirándolos, te enardecerías contra ellos. Si tú no apartas tu mirada de tus pecados y los confiesas, Dios los perdona.

4. Entonces, partiendo de ti, eleva los ojos a Dios y di: *Elevé mis ojos a ti, que estás en el cielo*. Hermanos, si por cielo entendemos efectivamente lo que vemos con los ojos del cuerpo, nos equivocamos de tal modo, que llegaremos a pensar que sólo podremos subir a él con escaleras o algún instrumento parecido. Pero, si por el contrario, creemos que nuestro ascenso es espiritual, debemos entender el cielo espiritualmente; si la ascensión se realiza por el afecto, se trata de este cielo del que hablamos. ¿Cuál es el cielo de Dios? Las almas santas, las almas justas. Así, los apóstoles ya en la tierra, cuando se hallaban en el cuerpo, eran cielo, pues como Dios estaba sentado en medio de ellos, caminaba por todo el mundo. Por tanto, habita en el cielo. ¿Cómo? Como dice otro salmo: Pero, *tú habitas en el santuario, gloria de Israel*<sup>27</sup>. El que habita en el cielo, habita en el santuario. ¿Y qué es el santuario, sino su templo? *El templo de Dios es santo, ese templo sois vosotros*<sup>28</sup>. Pero, todos los que ahora son débiles y que caminan en la fe, según la fe, son templo de Dios; pero llegará el día en que serán templo de Dios por la visión<sup>29</sup>. ¿Cuándo son templo de Dios según la fe? Mientras Cristo habita en ellos por la fe, según dice el apóstol: *Para que, por la fe, Cristo habite en vuestros corazones*<sup>30</sup>.

Pero, también existen cielos en los que Dios ya habita por la visión; son los que lo ven cara a cara. Se trata de los santos ángeles, los tronos, las virtudes, las potestades, las dominaciones, la Jerusalén celeste, hacia la cual peregrinamos gimiendo y, deseándola, oramos; allí habita Dios. Hacia ella, el salmista elevó la fe, hacia ella subió deseándola con el afecto; y este mismo deseo hace que el alma se despoje de la inmundicia de los pecados y se purifique de toda mancha, para hacerse también ella cielo, porque *elevó los ojos a Aquel que habita en el cielo*. Si entendiésemos que este cielo, que vemos con los ojos carnales, es la habitación de Dios, su morada sería pasajera, porque *el cielo y la tierra pasarán*<sup>31</sup>. Además, antes de hacer el cielo y la tierra, ¿dónde habitaba Dios? Quizás, alguno replique: “Y antes de hacer a los santos, ¿dónde habitaba Dios?”. Dios

<sup>27</sup> Sal 21,4.

<sup>28</sup> 1 Co 3,17.

<sup>29</sup> Cf. 2 Co 5,7.

<sup>30</sup> Ef 3,17.

<sup>31</sup> Mt 24,25.

habitaba en sí mismo, habitaba junto a sí, pues Dios es el *idipsum*, es su propia causa e identidad. Cuando se digna habitar en los santos, no son “casa de Dios” de modo tal que, si se destruye esta casa, también Dios sería destruido con ella. Dios habita en los santos de una manera distinta de como nosotros habitamos en una casa. Tú habitas en la casa de tal forma, que, si se derrumba, eres destruido por ella.

En cambio, Dios habita en los santos de tal manera, que, si Él se apartara, caerían los santos. Por eso, quien lleva a Dios es templo de Dios; pero que no se crea que lleva a Dios de un modo tan precario, que deba siempre conservar el temor de que Dios se retire. ¡Pobre aquél de quien Dios se haya apartado! Caerá; Dios permanece siempre en sí mismo. Las casas en donde habitamos nos contienen; las casas en las que Dios habita son contenidas por Él. Fíjense, pues, la diferencia que existe entre nuestra morada y la de Dios, y, entonces que diga el alma: *Elevé mis ojos a ti, que habitas en el cielo*, y entienda que Dios no necesita del cielo en el que habita, sino que el cielo necesita de Él, necesita que Dios habite en él.

5 Ya dijo: *Elevé mis ojos a ti, que habitas en el cielo* ¿Qué agrega? ¿Cómo elevaste los ojos? *Como los ojos de los siervos están fijos en las manos de sus señores, y los ojos de la esclava en las manos de su señora, así están nuestros ojos en el Señor, Dios nuestro, hasta que se compadezca de nosotros*. Somos siervos y esclava. Dios es el señor y señora. ¿Qué quieren decir estas palabras? ¿Qué significan estas comparaciones? Por favor, presten un poco de atención. No debe sorprendernos que diga que somos siervos y Él sea el señor, pero sí que nosotros somos esclava y Él sea señora. Pero, no debe llamarnos la atención que se nos llame esclava ya que somos Iglesia; ni tampoco que Él sea llamado señora, pues es sabiduría y fortaleza de Dios.

Escuchen al apóstol, que dice: *Nosotros predicamos a Cristo crucificado, escándalo para los judíos y locura para los paganos; pero para los judíos y griegos que han sido llamados, Cristo es fuerza de Dios y sabiduría de Dios*<sup>32</sup>. Para que el pueblo sea siervo y la Iglesia esclava, Cristo es fuerza de Dios y sabiduría de Dios. Escucharon bien: Cristo es ambas cosas: *fuerza de Dios y sabiduría de Dios*. Cuando oyes la palabra “Cristo”, levanta tus ojos hacia las manos de tu señor; cuando oyes las palabras “fuerza y sabiduría de Dios”, levanta tus ojos hacia las manos de tu señora. Eres siervo y esclava; siervo, porque eres pueblo, y esclava, porque eres Iglesia. Sin embargo, esta esclava halló dignidad en la presencia de Dios, pues fue tomada por esposa. Pero, hasta que llegue al abrazo espiritual, cuando ya goce tranquilamente de Aquél, a quien amó y por quien suspiró en esta

larga peregrinación, es una esposa que recibió la prenda más valiosa: la sangre del Esposo, por quien suspira llena de confianza. Y no le dicen: “No ames”, “. . . al menos por ahora” como suele decirse a la virgen que ya está comprometida, pero que aún no se ha casado. “No ames; ama recién cuando te hayas casado”. Y es con razón que se le hace esta advertencia, porque amar a alguien, con quien no se sabe aún si ha de casarse, es un deseo precipitado, prematuro y no casto. Porque puede suceder que se comprometa con uno y se case con otro. Pero, como no hay nadie que pueda anteponerse a Cristo, que lo ame segura; incluso, antes de unirse a Él, que lo ame, y desde lejos, desde su lejana peregrinación, suspire por Él. Sólo con El se casará, porque sólo él le dio un compromiso. Pues ¿quién puede casarse si se ofrece a la muerte por aquella con quien quiere casarse? Pero, si muere por aquella a quien ama, no habrá esposo. Ciertamente, Él murió por la esposa con la que se casaría al resucitar. Sin embargo, hermanos, nosotros mientras tanto permanecemos como siervos y esclavas. Es cierto que se dijo: *A vosotros no os llamo siervos, sino amigos*<sup>33</sup>, pero ¿quizás el Señor se refería únicamente a los discípulos? Escuchen al apóstol Pablo: *De manera que ya no eres siervo, sino hijo; y, si eres hijo, heredero por Dios*<sup>34</sup>. Se lo decía al pueblo, se lo decía a los fieles.

Habiendo ya sido redimidos y purificados en el nombre del Señor por su sangre, somos hijos, somos hijo, porque somos muchos para ser en Él uno sólo. Y ¿por qué quiere aún que hablemos como siervos? Aunque de siervos hemos pasado ya a ser hijos ¿Podríamos llegar a tener en la Iglesia el reconocimiento que tuvo el mismo apóstol Pablo? Y, sin embargo, ¿qué dice en la epístola? *Pablo, “siervo” de Jesucristo*<sup>35</sup>. ¿Si él, por quien se nos predicó el Evangelio, se llama siervo a sí mismo, cuánto más no-sotros debemos reconocer nuestra condición, para que aumente así en no-sotros la gracia! Primero hizo siervos a los que redimió. La sangre fue el precio por los siervos y prenda por la esposa. Reconozcamos, pues, nuestra condición: aunque seamos hijos por la gracia, sin embargo, somos siervos por nuestra condición de criaturas, ya que toda criatura está al servicio de Dios. Digamos, entonces: *Como los ojos de los siervos están fijos en las manos de sus señores, y los ojos de la esclava en las manos de su señora, así están nuestros ojos en el Señor, Dios nuestro, hasta que se compadezca de nosotros.*

## 6. Y también dijo por qué razón *nuestros ojos están fijos en el Señor*

<sup>33</sup> Jn 15,15.

<sup>34</sup> Ga 4,7.

<sup>35</sup> Rm 1,1.

*Dios nuestro*, así como los siervos tienen los ojos fijos en las manos de su señor, y las esclavas en las manos de su señora. En efecto, casi como si le hubieras preguntado: “¿Qué esperan?”, agrega: *Hasta que se apiade de nosotros*. ¿A qué siervos se refiere, hermanos, al decir que tienen puestos los ojos en las manos de sus señores y cuáles son las esclavas que tienen fijos los ojos en las manos de sus señoras hasta que se compadezca de ellas la señora? ¿Quiénes son estos siervos y esclavas que tienen puestos así los ojos en las manos de sus señores? Aquellos a quienes se manda que sean castigados: *Nuestros ojos están fijos en el Señor Dios nuestro hasta que se compadezca de nosotros*. ¿Cómo? *Como los ojos de los siervos están fijos en las manos de sus señores, y los ojos de la esclava en las manos de su señora*. Ambos esperan que el señor o la señora se compadezcan. Imagínense a un señor que manda se castigue a un siervo; el siervo, al ser azotado, siente los dolores de las heridas y mira fijo las manos de su señor hasta que diga: “Basta”. Aquí llamó mano al poder.

Entonces, hermanos, ¿qué diremos? Que nuestro señor y que nuestra señora, la sabiduría de Dios, mandó castigarnos, pues en esta vida somos castigados, y toda esta vida mortal es nuestro flagelo. Escucha la voz del salmo: *Castigaste al hombre, a causa de su iniquidad, e hiciste que mi alma se consumiese como una araña*<sup>36</sup>. Fíjense, hermanos, cuán inconsistente es la araña: al simple contacto revienta y muere. Pero, para que no pensemos que solamente nuestra carne es inconsistente, a causa de la debilidad de la mortalidad, no dijo: “Hiciste me consumiese”, sino: *Hiciste que mi alma se consumiese como una araña*, así evitaría que lo entendiéramos sólo respecto de la carne.

Nada hay más débil que nuestra alma, colocada en medio de las tentaciones del siglo, en medio de los gemidos y los sufrimientos, como dolores de parto; ninguna cosa hay más débil que ella hasta que se una a la firmeza celestial y se halle en el templo de Dios, de donde ya no puede caer; en efecto, primero, para llegar a este estado de debilidad e inconsistencia, se consumió como una araña y fue arrojada del paraíso. Recién entonces se mandó castigar al siervo. Hermanos míos, pensemos desde cuándo somos castigado: Adán es castigado en todos los que nacieron desde los orígenes del género humano, en todos los que ahora existen, y en todos los que nacerán después. Castiga a Adán, es decir, al género humano; pero muchos se endurecieron de tal modo, que ya no sienten las heridas. Por el contrario, algunos de este género humano, los que fueron hechos hijos, recibieron la percepción del dolor; sienten que son azotados, y reconocieron quién es el que ordenó que los castigara; ellos, entonces, elevaron sus ojos a Aquel que



habita en el cielo, y, por tanto, tienen fijos los ojos en las manos de su señor hasta que se compadezca, así como están los ojos de los siervos en las manos de sus señores, y los de la esclava en los de su señora.

Ustedes ven a algunos que son felices, que ríen en este mundo, que se jactan de sí mismos, que no son azotados. Pero, son castigados de manera más atroz, porque ya perdieron la percepción. Que despierten y se sientan castigados; que experimenten su dolor, que sufran y reconozcan que son castigados. Porque *quien aumenta su sabiduría, aumenta su dolor*<sup>37</sup>; así lo dijo la Escritura. Por eso, dice el Señor en el Evangelio: *Bienaventurados los que lloran, porque serán consolados*<sup>38</sup>.

7. Escuchemos la voz del hombre que es castigado, y que nuestras voces se unan a él, incluso cuando estamos bien. Pues ¿quién no entiende que es castigado cuando está enfermo, cuando se halla en la cárcel, cuando tal vez esté encadenado, cuando es asaltado por los ladrones? Cuando los malvados le causan algunos sufrimientos se rebela, siente que es castigado. Es importante reconocer el castigo también cuando a uno le va bien. No dice la Escritura en el libro de Job: La vida humana abunda en tentaciones, sino: *¿No es acaso una tentación la vida humana sobre la tierra?*<sup>39</sup>. Llamó tentación a toda la vida. Por tanto, toda tu vida sobre la tierra es un continuo flagelo. Lloro mientras vives en la tierra; y ya sea que vivas feliz o te halles en alguna tribulación, clama: *Elevé mis ojos a ti, que habitas en el cielo*<sup>40</sup>. A las manos del Señor, que mandó que fueses castigado y a quien dices en otro salmo: *Castigaste al hombre, a causa de su iniquidad, e hiciste que mi alma se consumiese como una araña*<sup>41</sup>, clama; clama a las manos del que puede castigar y di: *Apiádate de nosotros, Señor; apiádate de nosotros*. ¿Acaso, las voces de los que son castigados no claman: *Apiádate de nosotros, Señor, apiádate de nosotros?*

8. *Porque estamos saciados de desprecio. Nuestra alma está saciada por los oprobios de los ricos y el desprecio del soberbio*. El que es objeto de burlas es despreciado. Todos los que quieren vivir piadosamente según Cristo<sup>42</sup>, necesariamente deberán padecer oprobios, necesariamente serán

<sup>37</sup> Qo 1,18.

<sup>38</sup> Mt 5,5.

<sup>39</sup> Jb 7,1.

<sup>40</sup> Sal 122,1.

<sup>41</sup> Sal 38,12.

<sup>42</sup> Cf. 2 Tm 3,12.

despreciados por aquellos que no quieren vivir piadosamente, quienes reducen toda su felicidad a la de esta tierra. Ellos se burlarán de quienes tienen por felicidad aquella que no puede verse con los ojos y les dirán: “¿En qué esperas, insensato? ¿Ves lo que esperas? ¿Ha vuelto alguien del sepulcro, y te contó lo que sucede allí? Mira, yo amo lo que veo y lo disfruto”. Así pues, serás despreciado, porque esperas lo que no ves; te desprecia quien parece que tiene lo que ve. Pero tú, fíjate si es cierto que lo tiene. No te turbes. Fíjate si él lo tiene, y que no te engañe, no sea que, pensando que él es feliz ahora, tú pierdas la verdadera felicidad futura. No te turbes; fíjate si lo tiene. Él dilapida lo que posee, o lo que posee lo consume a él; necesariamente sus bienes lo sobreviven o él vive más que sus bienes. ¿Cómo es que él sobrevive a sus bienes? Cuando, viviendo cae en la miseria. ¿Cuándo los bienes lo sobreviven? Cuando, él muere siendo rico, ya que al morir no se los llevó consigo al sepulcro.

– “Tengo una casa propia”, se jactaba.

Le preguntas:

– “¿Cuál es tu casa?”.

– “La que me dejó mi padre”.

– “Y él, ¿cómo la adquirió?”.

– “Se la dejó mi abuelo”.

Llegarás al bisabuelo, al tatarabuelo, y ya no sabrás cómo llamarlos. Pero ¿No te aterra haber visto a muchos que pasaron por esta casa y ninguno de ellos se la llevó consigo a la casa eterna? Tu padre la dejó aquí; pasó por ella; así pasarás tú también. Por eso, si sólo pasas por tu casa, es posada de transeúntes, no morada de habitantes. Y, sin embargo, como nosotros esperamos las cosas futuras y suspiramos por la futura felicidad y aún no se ha manifestado lo que seremos, aunque ya seamos hijos de Dios<sup>43</sup>, porque nuestra vida está oculta con Cristo en Dios<sup>44</sup>, *estamos saciados de desprecio*, es decir, del menosprecio de quienes buscan o poseen la felicidad en este mundo.

**9. Nuestra alma está saciada por los oprobios de los ricos y el desprecio del soberbio.** Buscábamos antes quiénes eran los ricos, y te lo aclaró cuando dijo: del *soberbio*. *Oprobio es lo mismo que desprecio*, y *ricos que soberbio*. Por tanto, *desprecio del soberbio* es repetición de la frase *oprobio de los ricos*. ¿Por qué son ricos los soberbios? Porque quieren ser felices aquí. ¿Qué? Y cuando son desgraciados, ¿acaso son ricos también? No, pero al menos, cuando son desgraciados, no nos insultan. Por favor, pres-

<sup>43</sup> 1 Jn 3,2.

<sup>44</sup> Col 3, 3.

ten atención. Posiblemente nos insultan cuando son felices, cuando se jactan en la abundancia de sus riquezas, cuando se engríen con la vanidad de los falsos honores; seguramente entonces nos insultarán y nos dirán: “Me va muy bien, disfruto de las cosas presentes; lejos de mí esos que prometen lo que no se ve; yo tengo lo que veo, y disfruto lo que tengo: me va muy bien en esta vida”. Tú, por tu parte, convéncete más firmemente, porque Cristo resucitó y te enseñó lo que te dará en la otra vida. Quédate tranquilo que te lo dará. Pero mientras tanto, el que tiene te insulta. Soporta al que insulta y te reirás del que gemirá; después vendrá el tiempo en que ellos han de decirse a sí mismos: *Éstos son aquellos de quienes antes nos reíamos*<sup>45</sup>. Éstas son palabras del libro de la Sabiduría; en efecto, la Escritura nos da a conocer lo que se han de decir ellos mismos, quienes ahora nos insultan y desprecian, y nos llenan de oprobios y escarnios. Ellos pronunciarán estas palabras cuando sean desdeñados por la Verdad. Verán brillar a la derecha a los que despreciaron, cuando vivían mezclados con ellos, y así les sucederá lo que dijo el apóstol: *Cuando aparezca Cristo, que es nuestra vida, entonces también vosotros apareceréis con Él en la gloria*<sup>46</sup>, y dirán: *Éstos son aquellos de quienes antes nos reíamos, y como ejemplo de oprobio. Nosotros, insensatos, teníamos su vida por locura, y su fin por deshonra. Pero, ¡ellos fueron contados entre los hijos de Dios, y su suerte se halla entre los santos!*; y, prosiguiendo en su discurso, añadirán: Por lo tanto, *erramos el camino de la verdad, y la luz de la justicia no nos iluminó, y el sol no nació para nosotros*<sup>47</sup>. ¿De qué nos sirvió la soberbia, y qué nos consiguió jactarnos en las riquezas? Tú no los insultarás allí, porque ellos se insultarán a sí mismos. Hermanos, hasta que esto suceda, elevemos los ojos a Aquel que habita en el cielo y no apartemos nuestros ojos de Él hasta que se compadezca de nosotros y nos libre de toda tentación, oprobio y desprecio.

**10.** También sucede a veces que, incluso los que se hallan azotados por la desgracia temporal, nos insultan. Pues, encuentras de vez en cuando a alguno que en castigo de sus iniquidades, o por un designio oculto de Dios o como escarmiento público, es encarcelado y soporta cadenas; y, sin embargo, también éste te insulta.

Y cuando le dicen: “¿Por qué no viviste bien? Fíjate adónde fuiste a parar por vivir mal”, él responde: “¿Por qué padecen igual los que

<sup>45</sup> Sb 5, 4.

<sup>46</sup> Col 3,3-4.

<sup>47</sup> Sb 5,3-8.

viven bien?”.

Pero, estos padecen para ser probados, para ser ejercitados en la tentación, para que a causa de los tormentos sean mejores, ya que *Dios castiga al que toma por hijo*<sup>48</sup>. Si castigó al Hijo único, que no tuvo pecado<sup>49</sup>, y lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no vamos a ser castigados nosotros, que somos responsables de la causa del castigo? Al decirles esto, ellos se engrían incluso en su desgracia, y, acongojados, pero aún no humillados, responden: “Estas son palabrerías de cristianos necios, que esperan lo que no ven”. Si también ellos insultan, ¿por qué pensamos, hermanos, que el salmo no se refiere a éstos cuando dice: *Oprobio para los ricos y desprecio para los soberbios*? Tal vez digas que de vez en cuando también los pobres insultan a los cristianos; es más, que, aunque estén en la necesidad y en la adversidad, no paran de insultarnos. Es cierto *que es oprobio de los ricos*. Pero ¿acaso no es común que alguien profiera insultos, en medio de calamidades? ¿No insultó el ladrón que estaba crucificado con Cristo<sup>50</sup>? Por eso, si los pobres también insultan, ¿por qué dice el salmo: *Es oprobio para los ricos*? Si lo examinamos detenidamente, también éstos son ricos. ¿Cómo son ricos? Si no lo fuesen, no serían soberbios. Alguno tiene mucho dinero, y por esto es soberbio; otro honores, y por ello se ensoberbece; otro se cree rico en justicia, y, lo que es peor, precisamente a causa de esto es soberbio.

Quienes reconocen que no tienen dinero, estiman que tienen razón contra Dios, ya que, hallándose en medio de calamidades, se justifican y acusan a Dios, diciendo: “¿Qué crimen cometí o qué hice?”. Tú le dices: “Recuerda tus pecados; fíjate si no has hecho nada”. Se conmueve un tanto su conciencia, recapacita y piensa en sus malas acciones, y después de pensar en sus malas acciones, ni así quiere confesar que padece con razón, sino que dice: “Ciertamente cometí muchos pecados, pero veo a muchos que han hecho peores cosas que yo, y no padecen ningún mal”. Así, se ve justo contra Dios. Es rico, tiene el corazón saciado de justicia, y le parece que Dios obra mal con él y cree que padece injustamente. Si le dieras un barco para navegar, naufragaría; sin embargo, quiere excluir a Dios del gobierno de este mundo y adueñarse él del timón para gobernar a la criatura y distribuir a todos los sufrimientos y alegrías, los castigos y los premios. ¡Alma infeliz!, pero ¿de qué se admiran?; es rica, pero rica en perversidad, rica en malicia; y es tanto más rica en perversidad cuanto más le parece que es rica en justicia.

<sup>48</sup> *Hb* 12,6.

<sup>49</sup> Cf. *Rm* 8,32.

<sup>50</sup> Cf. *Lc* 23,39.

**11.** Por el contrario, el hombre cristiano no debe ser rico, sino que debe reconocerse pobre; y, si tiene riquezas, debe saber que no son ellas verdaderas riquezas, y así deseará otras mejores. El que desea falsas riquezas, no busca las verdaderas; el que busca las verdaderas, aún es pobre y dice con razón: *Soy pobre y sufrido*<sup>51</sup>. Pero, el que es pobre y está saciado de maldad, ¿cómo puede considerarse rico? Porque le desagrada ser pobre y le parece que tiene su corazón saciado de justicia contra la justicia de Dios. Pero ¿cuál es la riqueza de justicia que tenemos nosotros? Por muy justos que seamos, ignoro quién sería capaz de considerar “fuente” a estas mínimas gotas de rocío; en comparación de aquella inmensa abundancia es una diminuta gotita que suaviza nuestra vida, y elimina la agria iniquidad. Ahora, deseemos ser saciados con la rebosante fuente de justicia, deseemos saciarnos con la abundancia de la que se dice en el salmo: *Se embriagarán con la abundancia de tu casa y les darás a beber del torrente de tus delicias*<sup>52</sup>.

Mientras vivamos aquí, reconozcamos que somos pobres y necesitados, y no sólo de las riquezas, que no son verdaderas, sino también de salud. Cuando estamos sanos, comprendamos que estamos enfermos. Este cuerpo siente hambre y sed, este cuerpo se fatiga cuando duerme poco, se fatiga estando de pie, se fatiga andando, se fatiga sentado y se fatiga comiendo; y cada vez que busca algún alivio para sus fatigas, encuentra nuevas fatigas; no posee la perfecta salud ni siquiera en su cuerpo. Por lo tanto, aquellas no son riquezas, sino indigencia; porque cuanto más abundan, tanto más crece la pobreza y la avaricia. Así pues, ésta no es salud del cuerpo, sino enfermedad. Todos los días nos aliviarnos con los medicamentos de Dios, es decir, con la comida y la bebida; éstos son los medicamentos que se nos ofrecen. Hermanos, si quieren saber qué enfermedad nos aqueja, piensen que quien no come durante siete días se consume de hambre. Por lo cual, dentro tuyo está el hambre, pero no la sientes, porque todos los días la curas; como ven, ni siquiera tenemos la salud completa.

**12.** Pero, veamos cómo debemos nosotros reconocernos pobres para alegrarnos al dirigirnos a Él y elevar los ojos a Aquel que habita en el cielo: Las riquezas de la tierra no son verdaderas, pues aumentan la codicia de quienes las poseen. La salud del cuerpo no es la verdadera, porque lleva consigo la debilidad y en todas partes es imperfecta; corre el riesgo de desfallecer en cualquier momento. Ni siquiera en el remedio encontrarás integridad; se cansa estando de pie; quiere sentarse; pero ¿podrá per-

<sup>51</sup> *Sal 68,30.*

<sup>52</sup> *Sal 35,9.*

manecer mucho tiempo sentado? Todo lo que hace para no cansarse lo llena de tedio. Se cansó estando despierto; dormirá; pero ¿acaso porque durmió va a dejar de cansarse? Se cansó ayunando; comerá; pero, si come demasiado, se hastía y debilita. Semejante fragilidad no puede durar en ningún estado. ¿Qué diremos de la justicia? ¿Cuánta justicia hay entre tantas tentaciones! Podemos abstenernos del homicidio, del adulterio, del robo, del perjuicio, del fraude; pero ¿podemos abstenemos de los pensamientos inicuos, de las sugerencias de los malos deseos? ¿Cuál es, entonces, nuestra justicia? Tengamos hambre de todo, sintamos sed de todo: de las verdaderas riquezas, de la verdadera salud y de la verdadera justicia. ¿Cuáles son las riquezas verdaderas? La mansión celeste de Jerusalén. ¿Quién es llamado “rico” en la tierra? Cuando se alaba al rico, ¿qué se dice? “Es muy rico; nada le falta”. Esta alabanza es cierta sólo para el que alaba, porque en sí misma es falsa, cuando dice: “Nada le falta”. Fíjate si nada le falta. Si nada desea, nada le falta; pero, si aún desea más de lo que tiene, entonces se le acumularon las riquezas para que aumentara su indignancia.

Pero, en aquella ciudad habrá verdaderas riquezas, porque allí no nos faltará nada, pues no necesitamos nada y habrá una salud íntegra. ¿Cuál es la salud total? ¿Y cuándo tendrá lugar? *Cuando la muerte sea asumida por la victoria, y cuando lo corruptible se vista de incorrupción, y lo mortal de inmortalidad*<sup>53</sup>, entonces habrá verdadera salud, entonces habrá verdadera y perfecta justicia, de modo que no sólo ya no podremos hacer nada malo, sino ni siquiera pensarlo. Pero ahora, necesitados, pobres, indigentes y dolientes, suspiramos, gemimos, oramos y elevamos los ojos a Dios, porque los que son dichosos en este mundo nos desprecian, pues son ricos; pero también nos desprecian los que son desgraciados en este tiempo, porque igualmente son ricos y tienen justicia en su corazón, pero falsa. En cambio, tú, para conseguir la verdadera, sé pobre y mendigo de esta misma justicia y escucha al Evangelio: *Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque serán saciados*<sup>54</sup>.

### **Salmo 123**

1. Queridos hermanos, ya saben perfectamente, que el cántico gradual es el cántico de nuestra subida; también, saben que la subida no se realiza con los pies el cuerpo, sino con los afectos del corazón. Ya lo mencionamos muchísimas veces, por eso no creo que sea necesario repe-

<sup>53</sup> 1 Co 15,53. 54.

<sup>54</sup> Mt 5,6.

tirlo continuamente, y así podremos tener más tiempo para decir cosas que aún no han sido dichas.

Este salmo, que recién escucharon, es también un cántico para nuestra subida, pero aquí, a veces parece que sólo canta uno y otras veces que cantan muchos. Cuando son muchos en realidad se trata de uno sólo, porque uno es Cristo, y en Cristo, los miembros de Cristo formamos un solo cuerpo con Él, y la Cabeza de este cuerpo está en el cielo. El Cuerpo se fatiga en la tierra, y la Cabeza mira desde arriba y cuida su Cuerpo porque no está separado de él. Si no cuidara su Cuerpo, no hubiera dicho a Saulo, el perseguidor que aún no era Pablo: *Saulo, Saulo, ¿Por qué me persigues?*<sup>55</sup>. Esto ya lo conocen muy bien, es algo repetido, sin embargo estas cosas las repetimos con gusto, porque de este modo, gracias a la reiteración, vuelven a la memoria de aquellos que podrían haberlas olvidado. Todas las ideas útiles deben ser repetidas con frecuencia; por eso decimos: ya sea que cante uno o muchos, muchos hombres son un solo hombre, porque son la unidad, porque Cristo es uno, y todos los cristianos somos miembros de Cristo.

2. ¿Qué cantan? ¿Qué cantan los miembros de Cristo? Aman, cantan porque aman, y cantan porque desean. A veces cantan en medio de la tribulación, otras veces cantan en la esperanza, otras con alegría. Nuestra tribulación tiene lugar en este mundo, en cambio, nuestra esperanza se funda en lo que vendrá. Si en la tribulación de este tiempo, no nos consolara la esperanza que tenemos en el tiempo que vendrá, desfalleceríamos.

Queridos hermanos, aunque no podemos ser felices aquí, tenemos la esperanza de la felicidad. Nuestra esperanza es tan firme como si ya fuera realidad, pues no dudamos de la Verdad, que lo ha prometido. La Verdad no puede ser engañada ni engañar; es bueno que nos unamos a ella, porque su palabra nos libera. Ahora creemos, después veremos. Cuando creemos, la esperanza está aquí y ahora; cuando veamos, la realidad será en el futuro y ahí veremos cara a cara. Cuando tengamos purificado el corazón, entonces veremos cara a cara: *Bienaventurados los limpios de corazón, porque verán a Dios*<sup>56</sup>. Y el corazón se purifica por la fe, según lo que dice Pedro en los *Hechos de los Apóstoles: Limpiando con la fe sus corazones*<sup>57</sup>. Por la fe, entonces, nuestro corazón es purificado, y así puede ser capaz de alcanzar la visión. Ahora caminamos por la fe, no por la visión, según dice el apóstol: *Mientras vivimos en el cuerpo, peregrinamos hacia el Señor. ¿Y qué*

<sup>55</sup> Hch 9,4.

<sup>56</sup> Mt 5,8.

<sup>57</sup> Hch 15,9.

significa *peregrinamos? Caminamos por la fe, no por la visión*<sup>58</sup>.

Quien peregrina y camina por la fe, es aquel que aún no está en su patria, pero ya está en camino. Aquel que no cree, en cambio, no está en su patria ni en camino. Caminemos, pues, como si estuviéramos en camino, ya que el Rey de la patria, nuestro Señor Jesucristo, se ha hecho nuestro camino. Jesucristo, en la patria es la Verdad, y aquí, el Camino. ¿Adónde vamos? A la Verdad. ¿Por dónde vamos? Por la fe. ¿Adónde vamos? A Cristo ¿Por dónde vamos? Por Cristo, pues Él dijo: *Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida*<sup>59</sup>. Una vez dijo a los que creían en Él: *Si permanecéis en mi palabra, seréis, en verdad, mis discípulos, y conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres. Conoceréis la verdad, pero si permanecéis en mi palabra*<sup>60</sup>. ¿En qué palabra? Y el apóstol responde: *Esto es lo que os predicamos: la palabra de la fe*<sup>61</sup>. Primero está la palabra de la fe; si permanecemos en esta palabra, conoceremos la verdad, y la verdad nos hará libres. La verdad es inmortal, la verdad es inmutable, y la verdad es aquella Palabra, de la que se dijo: *En el principio existía la Palabra, y la Palabra estaba junto a Dios, y la Palabra era Dios, ¿Y quién puede ver esto? El corazón purificado ¿Y cómo se purifican los corazones? Y la Palabra se hizo carne y habitó entre nosotros*<sup>62</sup>. La Palabra que permanece en sí misma es la Verdad. Nos dirigimos a ella, y ella es quien nos libera. La palabra de fe que se predica, en la cual el Señor quiere que permanezcamos para que podamos conocer la verdad, es la Palabra que *se hizo carne y habitó entre nosotros*. Si crees en Cristo, nacido en la carne, llegarás a Cristo, nacido de Dios, Dios en Dios.

3. Llenos de alegría, ellos cantan lo que nosotros leemos. Los miembros de Cristo cantan este salmo con exultación. ¿Y quién canta exultante aquí? El que está en la esperanza, como acabo de decir. Tengamos por firme esta esperanza y cantemos con exultación. Éstos que cantan no son desconocidos; puede ser nuestra propia voz la que se escucha en el salmo. Escuchen como si se escucharan a ustedes mismos; escuchen como si se estuvieran reflejando en el espejo de las Escrituras. Al mirar la Escritura como a un espejo, nuestro propio rostro se alegra con el júbilo de la esperanza, ya que podemos reconocernos semejantes a otros

<sup>58</sup> 2 Co 5,6. 7.

<sup>59</sup> Jn 14,6.

<sup>60</sup> Jn 8,31-32.

<sup>61</sup> Rm 10,8.

<sup>62</sup> Jn 1,1.14.



miembros de Cristo, que cantaron estas cosas, y entonces, cada uno se hallará entre estos miembros y se unirá a su canto.

¿Por qué cantan con exultación estas cosas? Porque se escaparon. Los que cantan tienen esperanza. Mientras estamos aquí y peregrinamos, aún no hemos escapado. Algunos miembros de aquel Cuerpo al cual pertenecemos, que nos precedieron, en verdad, ya pueden cantar. Los santos mártires, que ya escaparon y están con Cristo, cantan llenos de exultación, pues recibirán los cuerpos incorruptibles; los mismos cuerpos que eran corruptibles y en los cuales soportaron los tormentos, se convertirán en vestidos de justicia. Por eso, tanto ellos en la realidad, como nosotros en la esperanza, uniéndonos por el afecto a sus premios y deseando la vida que aquí no tenemos, y que ni siquiera podríamos tener si ya desde ahora no la deseáramos, cantemos todos juntos: *Si el Señor no hubiera estado con nosotros*. Mientras decían esto, pensaban en las tribulaciones que sufrieron, antes de llegar a la bienaventuranza, a la seguridad; pensaban por dónde han transitado y a dónde llegaron; así como lo difícil que hubiera sido salir libres de allí sin el auxilio de la mano del que libera, por eso cantaron con júbilo: *Si el Señor no hubiera estado con nosotros*. Así empezaron a cantar, pero sin decir de dónde escaparon. ¡Tan grande es la exultación!: *Si el Señor no hubiera estado con nosotros*.

4. *Que diga ahora Israel: “Si el Señor no hubiera estado con nosotros”*. Que lo diga ahora, que ya escapó. Este salmo se refiere a los que escaparon, es decir, a los que ya están a salvo. Hagamos un lugar en nuestro corazón para ellos que ya triunfaron, junto con nosotros, pues es como si también nosotros ya estuviéramos allí con ellos, como dice un salmo anterior: *Ya están pisando nuestros pies los atrios de Jerusalén*<sup>63</sup>. Ellos cuando cantaban esto aún no estaban allí, sino que estaban en camino; y, sin embargo, era tanta la alegría de los que caminaban y tan grande la esperanza de llegar, que, estando todavía en el camino y sufriendo, ya les parecía encontrarse establecidos allí. Asociémonos ahora a aquel triunfo que vendrá, cuando nos burlemos de la muerte, destruida y consumada, cuando digamos: unidos a los ángeles *¿Dónde está, muerte, tu victoria? ¿Dónde está, muerte, tu aguijón?*<sup>64</sup>, y llenos de alegría festejemos con nuestro Rey, que quiso ser el primero en resucitar, aunque no fue el primero en morir. Muchos murieron antes que Él, pero nadie, antes que Él, resucitó para tener vida eterna.

Celebrando con Él la victoria, aunque sólo estemos allí con la

<sup>63</sup> Sal 121,2.

<sup>64</sup> 1 Co 15,55.

esperanza y con el corazón, ya que hemos escapado, pensemos de qué y cuánto nos hemos escapado: dificultades, tribulaciones de este mundo, persecuciones iniciadas por los paganos, engaños de los herejes, sugestiones diabólicas, ataques de las concupiscencias. ¿Quién escaparía de todo esto *si el Señor no hubiera estado con nosotros? Que lo diga ahora Israel. ¿Qué dice Israel?: Si el Señor no hubiera estado con nosotros. ¿Cuándo? Cuando los hombres se levantaron contra nosotros.* No se sorprendan, porque los hombres que se levantaron fueron vencidos, ya que ellos eran hombres. Fíjense hermanos, que unos hombres pueden vencer a otros hombres, pero en este caso, como el Señor estaba entre ellos no pudieron ser vencidos.

5. *Si el Señor no hubiera estado con nosotros cuando los hombres se levantaron contra nosotros. ¿Qué podrían hacer los hombres contra quienes festejan y cantan, y tienen firmemente aferrada la eterna bienaventuranza? ¿Qué podrían hacer los hombres que se levantan contra ustedes si el Señor no estuviera con ustedes? ¿Qué les harían? Nos hubieran tragado vivos.* Nos hubieran tragado vivos; es decir, nos hubieran devorado vivos, sin matarnos primero. ¡Inhumanos, crueles! No, la Iglesia no se comporta así, pues se dijo a Pedro: “*Mata y come*”; y no: “*Devora a los vivos*”. ¿De qué modo Pedro, es decir, la Iglesia, *mata y después come?* ¿De qué modo *nos hubieran tragado vivos los que se levantaron contra nosotros, si el Señor no hubiera estado con nosotros?*

Pensemos que nadie se incorpora al cuerpo de la Iglesia si antes no lo matan. Muere lo que fue para que sea lo que no era. De otro modo, el que no es matado ni comido por la Iglesia, puede ser contado entre el número de quienes son considerados con los ojos humanos, pero, no entre los que son conocidos de Dios, de quienes dice el apóstol: *El Señor conoce a los suyos*<sup>65</sup>. Pero, antes de ello debe ser comido, y no puede ser comido si primero no es matado. Atiendan: se acerca un pagano en quien vive aún la idolatría y quiere unirse a los miembros de Cristo; para unirse es necesario que sea comido, pero no puede ser comido por la Iglesia si primeramente no es matado. Será matado, cuando renuncie a este mundo, y será comido, cuando crea en Dios.

¿Cómo *nos hubieran tragado vivos si el Señor no hubiera estado con nosotros?* Recuerden que hace algún tiempo, se levantaron muchos perseguidores, e incluso hoy, no faltan. Se levantan uno a uno y a veces devoran vivos a los hombres, pero devoran a aquellos con quienes no está el Señor. Por eso ellos dijeron, *si el Señor no hubiera estado con nosotros*, porque muchos de quienes no están con el Señor son tragados. Son tragados

vivos los que conocen el mal y consienten a la tentación. Ciertos perseguidores se levantaron y dijeron a los hombres: “Ofrezcan incienso a los dioses; si no lo hacen, los mataremos”. Ellos amaron esta vida, y su dulzura los retuvo; amaron más las cosas que veían en la tierra que las que Dios prometió. Les ordenaron creer en las cosas que aún no veían, pero ellos veían sólo éstas, que amaban. Cuanto más se aferraban a las que veían, más lejos arrojaban de sus corazones al Señor, y, entonces, como el Señor no estaba con ellos, fueron tragados vivos. ¿Qué significa que fueron tragados vivos? Que ofrecieron incienso a los ídolos, aunque sabían que los ídolos son nada. Ya que, si hubieran creído que el ídolo era algo, hubieran sido tragados muertos; pero viven, porque creyeron que el ídolo es nada y reconocieron que todos los ídolos de los paganos son mentiras vacías; y, por eso, cuando hacían lo que los perseguidores querían, eran tragados vivos. Pero fueron tragados vivos, porque el Señor no estaba con ellos. Quienes están con el Señor aunque sean asesinados, no mueren. Quienes consienten y viven son tragados vivos y mueren devorados. Los que padecieron y no cedieron en las tribulaciones, en cambio, festejan con exultación y dicen: *Que lo diga ahora Israel*, que lo diga con exultaciones, que lo diga seguro: *Si el Señor no hubiera estado con nosotros cuando se levantaron los hombres, nos hubieran tragado vivos*.

6. *Su furor se encendía contra nosotros*. Hermanos, en uno de los salmos anteriores, precisamente en el primero de los cánticos graduales, el que comenzó a subir pidió auxilio contra la lengua engañosa, diciendo: *Señor, libera mi alma de los labios inicuos y de la lengua mentirosa*. Pues, cuando el hombre comienza a subir y a avanzar, ya en el mismo inicio de la subida, debe soportar la perversidad de lenguas mentirosas, seductoras, que arrastran a la ruina y sugieren la maldad: “¿Qué haces? ¿Por qué haces esto? ¿No puedes vivir de otro modo? ¿No puedes servir a Dios de otra forma? ¿Eres el único que quiere ser lo que otros no son!”. Y, si hay otros contigo, ¿qué dice ésta lengua seductora y mentirosa? “Mira, ellos pudieron; quizás tú no podrás. Lo empiezas, pero te vas a dar por vencido; hubiera sido mejor no haber empezado que desfallecer después de empezar. La lengua mentirosa todavía intenta seducir. Si perseveras y vences a la lengua mentirosa y seductora, comienza a agredirte abiertamente; la que halagaba para seducir, amenaza ahora para atemorizar. Pero, si el Señor está contigo y no echas a Cristo de tu corazón, has vencido a las lenguas mentirosas precisamente por medio de las flechas agudas y los carbones ardientes, tanto por medio de las palabras de Dios, que atravesaron tu corazón, como por los ejemplos de los justos, que después de morir fueron vivificados, y, siendo pecadores, se convirtieron en justos como carbones apagados que vuelven a encenderse; así, repito, has vencido a los

que halagaban con la mentira, y seducían halagando por medio de las flechas y los carbones encendidos, así vencerás a éstos que ahora te amenazan llenos de ira, porque no han podido seducirte con halagos. Fueron vencidos cuando intentaban seducirte, véncelos cuando te amenazan. Son vencidos, pero ¿cómo hubiera sido posible si *el Señor no hubiera estado con nosotros*? Es evidente que no fuiste tú quien venció, sino Aquel que está contigo. ¿Llevas a semejante Emperador y serás vencido? ¿Acaso no es el mismo que dijo: *Yo vencí al mundo*<sup>66</sup>? ¿No venció primero al diablo, al morir, pues estaba por encima de toda criatura, ya que es el Verbo, es Dios en Dios? ¿Para qué lo venció, sino para enseñarte a luchar con el diablo? Piensa que, aunque ya hayas aprendido, caerías derrotado, si no está contigo Aquel que primero venció para ti. *Si el Señor no hubiera estado con nosotros, cuando se levantaban los hombres contra nosotros, nos hubieran tragado vivos. Su furor se encendía contra nosotros*; ya están enojados, ahora amenazan abiertamente, *el agua nos hubiera cubierto*. Llama “agua” a los pueblos pecadores; veremos más adelante de qué agua se trata. Todo el que consintió con el pecado fue cubierto por el agua; murió como murieron los egipcios. No atravesó, como los israelitas. Ya saben, hermanos, que el pueblo de Israel pasó a través del agua y que esta misma agua cubrió al pueblo egipcio<sup>67</sup>. *El agua nos hubiera cubierto*.

7. Pero ¿cuál es la característica de esta agua? Es agua de un torrente que corre impetuoso, pero pasará. Se llaman torrentes a los ríos que se forman con lluvias repentinas; tienen gran violencia y arrastran a todo el que encuentran a su paso. Por eso arrastrará a quien no está con el Señor, y por el contrario, el alma que está con Él, atravesará el torrente. Este torrente persiste mientras corre este mundo, nacen unos y mueren otros y aún corre, pero el alma de los mártires ya lo atravesó. El torrente aún persiste y de él proceden las persecuciones. Nuestra Cabeza bebió primero, por eso se dice en el salmo: *Bebió del torrente en el camino*. El agua del torrente es la que simboliza la persecución, de donde bebió Aquel que dijo a sus discípulos: *¿Podéis beber el cáliz que yo he de beber?*<sup>68</sup>. *Bebió del torrente en el camino*. ¿Qué significa “bebió en el camino”? Bebió mientras iba de paso; no se detuvo. Bebió en el camino, porque tal vez a Él se refería aquello de: *Y no se detuvo en el camino de los pecadores*<sup>69</sup>. Bebió

<sup>66</sup> Jn 16,33.

<sup>67</sup> Ex 14,22-29.

<sup>68</sup> Mt 20,22.

<sup>69</sup> Sal 1,1.

mientras iba de paso. ¿Qué se sigue de ello? *Por eso levantará la cabeza*<sup>70</sup>. *Bebió del torrente en el camino; por eso levantará la cabeza*. Nuestra Cabeza ya fue exaltada, porque, en el camino, bebió del torrente, es decir, cuando nuestro Señor sufrió la pasión. Entonces, si nuestra Cabeza ya fue exaltada, ¿por qué teme el Cuerpo al torrente? Sin duda, como ya fue exaltada la Cabeza, dirá el Cuerpo después: *Nuestra alma atravesó el torrente; quizás nuestra alma atravesó el agua sin consistencia*. ¿A qué agua se refería al decir: *Quizás el agua nos hubiera cubierto*? ¿Cuál es el agua que carece de consistencia? ¿Qué significa *sin consistencia*?

8. Primero, ¿Qué significa: *Quizás nuestra alma atravesó*? Los latinos expresaron como pudieron lo que los griegos llaman *ára*. Los manuscritos griegos dicen *ára*; pero como es una partícula dubitativa, fue traducida por una palabra de duda, por “*quizás*”; pero no es éste el sentido. En latín, podemos expresar el sentido con otra palabra menos apropiada, pero que les va a resultar más fácil de entender. Lo que los cartagineses llaman *iar*, (no me refiero a “madera”), es precisamente lo que los griegos llaman *ára*, y los latinos lo expresan con el verbo “*opinar, creer*”; por ejemplo: “¿*Crees* que escapé de esto?”. Si dijera “*quizás escapé*”, no les sonará bien; pues en el lenguaje corriente se suele decir “*crees*”, aunque, me parece, tampoco suena tan bien. Con frecuencia cuando hablo, también acostumbro usar palabras que no son latinas, para que se entienda. Al traducir las Escrituras no pudieron utilizarse palabras que no fueran latinas, y faltando el equivalente preciso, hubo algunas que se reemplazaron con otras que no coincidían exactamente con el sentido del original. Cuando se dice: “¿*Crees que nuestra alma atravesó el agua sin consistencia*?”. ¿Por qué dicen “*crees*”? Porque la gravedad del peligro apenas hace creíble que pudiera ser atravesado. Murió una gran cantidad, se hallaron en grandes peligros; y fueron sojuzgados de tal forma, que apenas los dejaban con vida; por eso, ahora que ya escaparon, que ya están seguros, pero recuerdan la gravedad del peligro atravesado, dicen ¿“*Crees que nuestra alma atravesó el agua sin consistencia*”?

9. ¿Qué es el agua sin consistencia? El agua de los pecados no tiene consistencia, pues los pecados no tienen consistencia; son indigencia, no consistencia<sup>71</sup>. En esta agua sin consistencia perdió el hijo menor

<sup>70</sup> *Sal* 109,9.

<sup>71</sup> A partir de ahora san Agustín va a articular un juego de palabras que no tenemos modo de volcar al castellano. Por un lado viene hablando de agua *sine substancia*, que hemos traducido por “agua sin consistencia”, es decir, que no tiene capacidad de subsistir, de ser, no

todas sus posesiones. En efecto, ustedes saben que el hijo menor emigró y dijo a su padre: *Dame la parte de las riquezas que me pertenece*. ¿Qué es lo que quieres? Mejor se conserva en poder de tu padre, ya sabes que es tuya. Pero el hijo quiere gastarla, quiere marchar lejos. El hijo insiste: *Dame, dámela*. Y el padre se la dio y el hijo se marchó a un lugar lejano, y perdió toda su riqueza viviendo pródigamente con prostitutas. Se quedó en la miseria y debió cuidar cerdos. Viviendo en su indigencia, se acordó de las riquezas de su padre. Si la necesidad no lo hubiera forzado, no hubiera anhelado el lujo de la casa paterna.

Por tanto, que todos los hombres examinen sus pecados y comprueben si éstos tienen consistencia. ¿Por qué *irritó a Dios el pecador*?<sup>72</sup> Si no ves tu pecado antes de cometerlo, al menos reconócelo después de haberlo cometido. El placer de este mundo endulza la boca por un momento, pero después se vuelve terrible amargura. Mira, quisiste sacar un beneficio y pecaste. ¿Qué hiciste al buscar tu beneficio? Buscando acrecentar tus riquezas, ofendiste a Dios, pues al aumentar tu dinero, creció el oro y disminuyó la fe. ¿Qué perdiste, qué adquiriste? Lo que adquiriste se llama oro; lo que perdiste, fe. Compara la fe con el oro. Si la fe se pudiera vender en los negocios, ¿tendría precio? ¿Te preocupas por tus ganancias y no piensas en tus pérdidas? Te alegras por tus bolsillos; y, ¿no lloras por el corazón? Tus bolsillos están llenos de no sé cuántas cosas, pero fíjate lo que has perdido de tu corazón. Al revisar tus bolsillos, encuentras monedas de oro que antes no había; y ciertamente te alegras de tener ahora lo que antes no estaba. Contempla el tesoro de tu corazón; allí estaba la fe, y ahora ya no está. Si te alegras por los bolsillos, ¿por qué no lloras por el corazón? Perdiste más de lo que has adquirido. ¿Quieres saber lo que perdiste? Cosas que ni siquiera un naufragio te hubiera podido arrebatar, pues algunas veces se pierden en el mar todas las cosas y los hombres escapan desnudos. Muchos naufragaron con Pablo<sup>73</sup>: los que aman este mundo naufragaron y escaparon desnudos del mar; ellos perdieron todo lo que tenían, y vieron que también su corazón estaba vacío; en cambio, Pablo llevaba en el corazón el tesoro de su fe; ninguna ola, ninguna tempestad, se la pudo arrebatar; escapó desnudo del mar, pero rico. Éstas son las riquezas que debemos buscar. Tú me dices: “No las veo”. ¡Alma necia! No las ves con tus ojos carnales; si vieras con el ojo del corazón las encontrarías. No ves la fe. ¿Por qué la ves cuando el prójimo te la demanda? ¿Por qué gritas cuan-

---

tiene entidad. Y desde aquí, hará el juego de asonancias con *substantia* que trae el relato del hijo pródigo que significa riquezas, posesión.

<sup>72</sup> *Sal* 9,13.

<sup>73</sup> *Hcb* 27,41.

do flaquea en ti, si no la ves? Si alguien amenaza tu fe, al punto, gritas. Pides que te sea mostrada, y entonces la ves; y cuando se te pide que la hagas manifiesta, entonces, ¿tú no la ves? Si te quejas de lo que no tiene otro para contigo, llora por no tenerlo tú para con él.

Y fíjate: el pecado que cometes no tiene consistencia. Lo que se consigue por el pecado parece no tener consistencia, y tampoco se consiguen cosas materiales. Pues, tiene oro quien sabe hacer uso del oro; en cambio, el que no sabe usarlo, no lo posee, sino que es poseído por él. Sean dueños del oro y no sus esclavos, ya que fue Dios quien hizo el oro, y también a cada uno de nosotros, por encima del oro. Él hizo el oro para que te sirva de ayuda y a ti te hizo a su imagen. Fíjate en lo que está por encima de ti, y pisa lo que está debajo. ¿Qué adquiriste? ¿Quieres ver que es agua sin consistencia? Lleva contigo al infierno lo que adquiriste. ¿Qué has de hacer? Conseguiste oro; perdiste la fe; dentro de unos pocos días dejarás esta vida, y no puedes llevar contigo el oro que conseguiste a cambio de la fe; tu corazón, lleno de fe, hubiera sido coronado de gloria, pero vacío de fe, marcha al castigo. Fíjate: nada es lo que adquiriste y por nada has ofendido a Dios. El agua sin consistencia te cubrió ¿Por qué irritó a Dios el pecador? Los que obran la iniquidad impunemente, se avergonzarán<sup>74</sup>. Pues nadie actúa con iniquidad impunemente, aunque no se detenga a examinarlo.

**10.** Pasan los hombres, y aunque permanecen adormecidos en ellos los dichos de Dios, prestan atención al refrán popular. ¿Qué refrán? “Prefiero lo que tengo a lo que espero”. ¡Infeliz! ¿Qué es lo que tienes?! Tú dices: “Prefiero lo que tengo”. Aférralo, entonces, de tal modo que no lo pierdas, y recién podrás decir: “Prefiero lo que tengo”. Pero, si no lo tienes, ¿por qué no te preocupas por tener lo que no puedes perder? ¿Qué tienes? Oro. Aférralo; si lo tienes, que no te lo quiten contra tu voluntad. ¡Cuidado!, porque por el oro eres arrastrado a donde no quieres; por eso, te busca con ansia un ladrón más grande ya que encontró en ti, un ladrón menor; por esto te busca un águila más grande, ya que tú has cazado una liebre. Conseguiste una pequeña presa, y ahora tú mismo serás una presa para el más grande. Los hombres no se dan cuenta de que esto sucede en las cosas de todos los días, pues los ciega una gran codicia. Es algo sorprendente, hermanos; quienes reflexionan sobre ello quedan sumidos en el terror. El más poderoso busca al más débil para dominarlo y sólo porque tiene lo que él quiere quitarle. Lo ve, sometido a él, soportar tribulaciones por la única razón de lo que tiene; así el poderoso arrebató aquello por lo cual el débil soporta tribulación. El poderoso no se preocupaba

<sup>74</sup> Sal 24,4.

cuando éste era perseguido, pero el débil huía, era atormentado, temía, buscaba dónde esconderse. ¿Y por qué padecía todos estos males, sino a causa de lo que poseía? Aprende con esto de qué debes huir. Porque lo que tanto le atormentaba a él, cuando tú lo perseguías para quitarle alguna cosa, esto mismo te causará dolores a ti, cuando otro te persiga. Lo persigues porque es rico, no quieras enriquecerte, para que no te persiga otro a ti, pues todo esto se hace sin sentido. Si preguntas por el fin, encuentras tinieblas; si preguntas por la razón de todo, nada encontrarás.

**11.** Por eso, que exulten y se alegren en el Señor los que dicen: *Nuestra alma atravesó el agua sin consistencia*, y reciban así su parte de la herencia. Los que viven pródigamente la perdieron. Pero ¿acaso el padre quedó en la ruina? Que regresen, y encontrarán allí las riquezas que dilapidaron con prostitutas en tierras lejanas; que atraviesen el agua sin consistencia y digan: *Bendito el Señor, que no nos entregó en presa a sus dientes*. Eran cazadores y colocaron carnada en la trampa. ¿Qué carnada? Los placeres de esta vida, para que por ellos cada uno conciba a la maldad y sea apresado por la trampa. Pero aquellos que están con el Señor, y dicen: “*Si el Señor no hubiera estado con nosotros*”, no fueron cazados en la trampa. Mantente con el Señor y, para que no te atrapen en la trampa, grita: *Bendito el Señor, que no nos entregó en presa a sus dientes*.

**12.** *Nuestra alma escapó de la trampa de los cazadores, como un pájaro*. Escapó como un pájaro de la trampa de los cazadores, porque el Señor estaba en su alma. ¿Por qué como pájaro? Porque había caído, desprevenida, como un pájaro, y después de decir: “Perdóname, ¡oh Dios!” escapó de la trampa. ¡Pájaro inconstante, es mejor que pongas los pies en la piedra; no te acerques a la trampa, porque de lo contrario serás apresado, devorado y destruido!

Que el Señor esté contigo, y te libraré de las amenazas más terribles, de las trampas de los cazadores. Así como cuando ves un ave que está por caer en la trampa, haces ruido, para que se aleje de ella, así también hizo el Señor con los mártires: ya que algunos de ellos comenzaban a ofrecer el cuello a los placeres de esta vida, entonces hizo ruido con las llamas eternas, y de este modo liberó al pájaro de la trampa de los cazadores: *Nuestra alma escapó de la trampa de los cazadores como un pájaro* ¿y entonces? ¿Existirá siempre la trampa? La trampa son los placeres de esta vida. Ellos no se entretuvieron en la trampa y fueron matados; pero al morir se rompió la trampa; ya no quedó la seducción de esta vida, por la que hubieran podido ser atrapados de nuevo, sino que se rompió. Pero ¿el pájaro fue destrozado? No, pues ya no estaba en la trampa. *La trampa se rompió y escapamos*.



**13.** Que clamen, entonces, porque han sido liberados; que vuelen hacia Dios, celebren con Dios, porque fueron liberados. El Señor estaba en ellos y así no fueron atrapados por la trampa. ¿Por qué se rompió la trampa y fuimos liberados? ¿Quieres saber por qué? *Nuestro auxilio es el nombre del Señor, que hizo el cielo y la tierra.* Si no hubiera estado este auxilio, sin duda el pájaro hubiera sido capturado y luego destruido, y así, la trampa no permaneció. Esta vida ha de pasar, y quienes fueron atrapados por sus placeres y ofendieron a Dios por estos placeres, pasarán con esta vida. Por tanto, estén seguros de que esta trampa se romperá. Todo el placer de la vida presente dejará de existir una vez que haya cumplido su cometido; sin embargo, conviene no adherirse, para que, cuando la trampa se rompa, te llenes de alegría y digas: *La trampa se rompió y escapamos.* Pero no pienses que esto lo puedes conseguir por tus propias fuerzas, de ninguna manera, reconoce de qué cosa debes ser liberado (porque, si te engrías, caerás en la trampa) y di: *Nuestro auxilio es en el nombre del Señor, que hizo el cielo y la tierra.*

**14.** En la medida en que el Señor se dignó ayudarme, he intentado explicar el salmo. Ustedes saben muy bien que mañana debo volver a predicar: asístanme y ayúdenme con sus oraciones. Deben recordar mi compromiso. No diría que tengo que predicar, si no quisiera que me ayuden con el fervor de la fe y las oraciones de todos ustedes. Recuerden que les prometí tratar de lo que se dijo en el Evangelio: *La ley fue dada por Moisés; la gracia y la verdad nos han llegado por Jesucristo*<sup>75</sup>. Los herejes, y principalmente los maniqueos, suelen rechazar la ley y decir que Dios no la estableció. Por eso, explicaré este pasaje para que se vea que Dios estableció la ley y que ella fue dada por Moisés; pero por una cierta razón, no para salvar. La ley no salvó, y así fue necesario que deseemos al Autor de la ley, al mismo Emperador, que daría a los pecadores el perdón. Y, por tanto, aunque la ley hubiera sido dada ya por medio de Moisés, la gracia se habría de obtener por medio de Jesucristo. Quise llamar la atención sobre esto. La misericordia de Dios nos ayudará, no por mis méritos, sino por el deseo de todos; no por mis facultades, sino por la abundancia de sus dones; y así hablaremos de una cosa tan necesaria a los hombres que se cimentan en el *Nuevo Testamento*, para que el enemigo ya no encuentre de ningún modo, lugar donde ocultarse para engañar a los fieles.

<sup>75</sup> Jn 1,17.

## Salmo 124

1. Este salmo pertenece al número de los cánticos de la subida o cánticos graduales, sobre los que ya hemos hablado mucho, por esta razón prefiero no repetir, para evitar que se cansen y no presten atención. Estos salmos, nos enseñan que estamos subiendo y elevando nuestras almas al Señor nuestro Dios, con el afecto de la caridad y de la piedad. Nos enseñan a no preocuparnos por los hombres que prosperan en el mundo con una felicidad engañosa, engréida y totalmente falsa. La felicidad que nos ofrece el mundo, sólo alimenta la soberbia y enfría el corazón en la relación con Dios, así el hombre, se hace impermeable a la acción del rocío de su gracia, y no da fruto. Algunos hombres, completamente confiados en la abundancia de las cosas que parecen necesarias a esta vida, e incluso aquellas que, en verdad, son necesarias, se engríen; y, siendo inferiores al resto de los hombres, por su iniquidad, se creen superiores a ellos, por la soberbia. ¡Si al menos se consideraran iguales al resto de los hombres!

Sin embargo, algunas veces, incluso aquellos que adoran a Dios, por mirar y prestar demasiada atención a estos hombres, vacilan y se turban como si fueran a perder su recompensa porque rinden culto a Dios, al verse ellos en medio de trabajos, de indigencias, de calamidades, de enfermedades, de dolores, de alguna necesidad; al mismo tiempo, ven a otros con perfecta salud corporal, y con muchos bienes temporales, que gozan de la seguridad de los suyos y se destacan a causa del esplendor de sus bienes, y justamente éstos, no sólo no adoran a Dios, sino que se pelean con todos los hombres. Vacilan porque les prestan demasiada atención, y dicen dentro de sí lo que claramente se escribió en otro salmo: *¿Cómo no lo supo Dios? ¿Es que no hay conocimiento en el Altísimo? Mirad hasta los pecadores y los ricos del mundo consiguieron riquezas;* y prosigue: *¿Acaso en vano mi corazón obró justamente y sin sentido, lavé mis manos en la inocencia?* Y siempre diciéndose a sí mismo piensa: *¿Tal vez obré sin sentido, porque quise vivir en la justicia y habitar con inocencia entre los hombres, al ver que quienes no guardan la inocencia tienen tan gran felicidad, y, felices, denigran a los justos con su iniquidad?*

2. Pero ¿quién dijo esto en aquel salmo? Aquel que todavía no tenía el corazón recto. Pues este salmo que traigo a colación dice: *¿Cómo no lo supo Dios? ¿Es que no hay conocimiento en el Altísimo? Mirad, hasta los pecadores y los ricos del mundo consiguieron riquezas. ¿Acaso en vano mi corazón obró justamente, y sin sentido lavé en la inocencia mis manos?* Ya ven, es bien distinto del salmo que escogí para exponer y explicar ahora, en el cual se ve el alma que está en peligro, y los pies que vacilan. El otro salmo empezaba: *¡Qué bueno es el Dios de Israel para los rectos de corazón!*

*Pero casi tropiezan mis pies, por poco no resbalaron mis pasos. ¿Por qué? Porque envidié a los pecadores viendo la paz de los pecadores*<sup>76</sup>. De este modo, aceptó que casi tropiezan sus pies y casi resbalaron sus pasos, alejándose de Dios, lo que lo llevaría a la ruina, pues miró y prestó demasiada atención a la felicidad de los pecadores, vio que estaban en paz y él, en cambio, en medio de fatigas. Sin embargo, estas cosas las cuenta después de haber escapado de ellas. Recién después de haber enderezado su corazón, de adherirse a Dios, narró los peligros que pasó.

Por tanto, bueno es *el Dios de Israel*. ¿Para quiénes? *Para los rectos de corazón*. ¿Quiénes son los rectos de corazón? Los que no ofenden a Dios. ¿Quiénes son los rectos de corazón? Los que adaptan su voluntad a la voluntad de Dios y no pretenden inclinar la voluntad de Dios a la suya. La orden es concisa: el hombre debe enderezar su corazón. ¿Quieres tener un corazón recto? Haz lo que Dios quiere; no pretendas que Dios quiera lo que tú quieres hacer. Por eso, son depravados de corazón, es decir no tienen el corazón recto, quienes discuten sobre cómo debió obrar Dios, no alabando lo que hizo, sino criticándolo. Quieren corregirle; les parece poco ser corregidos por Él, y dicen: “Dios no debió hacer pobres; deberían existir exclusivamente los ricos; sólo ellos deberían vivir.” Y fijándose en uno de éstos, dicen: “¿Por qué lo hizo pobre? ¿Para qué vive?”. Y así deshonran al Dios de los pobres. ¿Cuánto más les serviría a ellos ser pobres de Dios, y así serían rico de Dios! Esto es, ¿cuánto más les convendría aceptar el querer de Dios y comprender que su pobreza es temporal y pasajera, y que las riquezas espirituales les llegaran de tal manera, que no pasarán jamás, y así tendrían fe en el tesoro de su corazón, aunque no tengan oro en sus bolsillos! Porque, si tuviesen oro, temerían continuamente al ladrón, y, sin quererlo, podrían llegar a perder el oro que tienen.

Sin embargo, no perderán la fe del corazón si no la sacan ellos mismos de allí. Al instante, queridos, se les puede responder: Dios hizo al pobre para probar al hombre, e hizo al rico para probarle a él por el pobre; y todas las cosas que hizo Dios, las hizo bien. Si no podemos ver el designio de Dios, es decir, si no podemos ver por qué obró de tal manera y no de otra, conviene que nos sometemos a su sabiduría y creamos que obró bien, incluso cuando no lleguemos a comprender porqué lo hizo. Así, será recto nuestro corazón, creyendo y confiando en Dios; así, no tropezarán nuestros pies y nos sucederá, a nosotros que estamos subiendo, aquello con lo que empieza el salmo: *Los que confían en el Señor, como el monte de Sión, no temblará jamás*.

<sup>76</sup> Sal 72,1-13.

3. ¿Quiénes son éstos? *Los que habitan en Jerusalén. Los que habitan en Jerusalén no vacilarán jamás.* Si entendieras por Jerusalén la ciudad terrena, verás que todos los que habitaban allí fueron expulsados por las guerras y por la destrucción de la ciudad. Ahora buscas un judío en la ciudad de Jerusalén y no le encuentras. ¿Cómo es entonces que *los que habitan en Jerusalén no vacilarán jamás?* Porque, en realidad, existe otra Jerusalén. ¿Qué cosas se escuchan decir sobre ella habitualmente? Ella es nuestra madre, por ella suspiramos y gemimos en esta peregrinación, hasta que regresemos allí. Nos habíamos apartado de ella y no teníamos camino; vino su Rey, y él mismo se hizo nuestro camino para que podamos volver a ella. Es la ciudad *de Jerusalén en cuyos atrios estaban firmes nuestros pies*, tal como lo ya lo escucharon en otro salmo gradual, que hemos explicado y comentado antes, en el cual suspiraba el que cantaba: *Jerusalén, que es edificada como ciudad; ella participa en el idipsum*<sup>77</sup>. Por eso, los que habitan allí, *no vacilarán jamás*. Quienes habitaron en la Jerusalén terrena vacilaron, primero en el corazón, después en el destierro. Cuando vaciló su corazón y se derrumbaron, crucificaron al Rey de la Jerusalén celeste. Espiritualmente ellos ya estaban fuera y echaron fuera a su Rey. Lo sacaron fuera de su ciudad y fuera lo crucificaron. Así también, Él los arrojó fuera de su ciudad, es decir, de la eterna Jerusalén, nuestra madre, que está en los cielos.

4. ¿Cuál es esta Jerusalén? La describe brevemente: *rodeada de montes.* ¿No es admirable que nosotros nos hallemos en la ciudad que

<sup>77</sup> Para entender el concepto de *idipsum*, vide *Enarración del salmo 121*, 5-6: «¿Qué significa *idipsum*? Lo que siempre es del mismo modo, lo que no es ahora una cosa y después otra. ¿Qué es el *idipsum*, entonces, sino lo que es? ¿Y qué es lo que es? Lo eterno, pues lo que continuamente cambia de un modo de ser a otro, no es, puesto que no permanece, pero, no es en sentido absoluto: no es el sumo Ser (. . .) lo que tiene cuerpo no es *idipsum*, porque no permanece en sí mismo; cambia con la edad, cambia con los cambios de lugar y de tiempo, cambia por las enfermedades y las flaquezas de la carne; por tanto, no permanece en sí. (. . .) Tampoco el alma humana permanece en sí misma. ¡Cuántos vaivenes y pensamientos la afectan, cuántos deseos la hacen cambiar, cuántas pasiones la sacuden y desgarran! El espíritu mismo del hombre, que se llama racional, es mudable, no es *idipsum*. Por momentos quiere algo, después lo rechaza; por momentos entiende, después ignora; por momentos recuerda, luego olvida. Por tanto, el *idipsum*, el permanecer en sí mismo, nadie lo posee por sí. El que quiso tener por sí el *idipsum*, que pretendió ser para sí mismo el *idipsum*, cayó; cayó el ángel y se hizo diablo. Él es quien ofreció al hombre la soberbia, y por envidia derribó consigo al que estaba en pie. Estos dos quisieron ser para sí mismos el *idipsum*; quisieron dominar sobre sí mismos, no quisieron someterse al verdadero Dios, el verdadero *idipsum*; el que es por sí mismo, de quien se dijo: Cambiarás las cosas y se transformarán, pero tú eres siempre “el mismo”, y tus años no tendrán fin. Así pues, después de tanta flaqueza, de tantas enfermedades, de tantas dificultades y sufrimientos, que el alma humillada vuelva al *idipsum*, y entonces, se hallará en la ciudad que participa del “*idipsum*”».

rodearon los montes? ¿Toda nuestra felicidad consiste en que poseeremos la ciudad rodeada de montes? ¿Es que no sabemos que son los montes? ¿No son los montes simples elevaciones de tierra? Hay otros montes, que merecen todo nuestro amor, son montes excelsos: los predicadores de la verdad, ya sean ángeles, apóstoles o profetas. Estos se hallan en torno de Jerusalén, y forman como una muralla.

La *Escritura* habla con frecuencia de estos montes tan dignos de nuestro amor y deseo. Queridos hermanos, presten atención cuando escuchen o lean, y encontrarán montes agradables en más pasajes de los que yo puedo citar. Sin embargo, en la medida en que el Señor me inspira, tengo sumo placer en hablar largamente de estos montes, sobretodo, porque me vienen a la memoria, cantidad de testimonios divinos de la santa *Escritura*. Ellos son los montes iluminados por Dios, y primeramente, son iluminados para que de ellos la luz descienda a los valles o a las colinas, pues no son tan altos. A través de ellos se nos entrega la *Escritura* contenida en la profecía, en los apóstoles o en el *Evangelio*. Ellos son los montes de los que cantamos: *Elevé mis ojos a los montes de donde me vendrá mi auxilio* porque de las santas *Escrituras* recibimos auxilio en esta vida.

Consideremos que estos montes no se protegen a sí mismos, ni nos consuelan por sí mismos, no debemos colocar en ellos nuestra esperanza, para que no seamos reprobados por haber puesto en el hombre la esperanza<sup>78</sup>. Por eso, después de decir: *Elevé mis ojos a los montes, de donde me vendrá el auxilio*, añadió: *El auxilio me viene del Señor, que hizo el cielo y la tierra*<sup>79</sup>. Ellos son los montes, de los que también dice: *Reciban los montes la paz para su pueblo, y las colinas la justicia*<sup>80</sup>. Los montes son grandes alturas, las colinas son más pequeñas. Los montes ven, las colinas creen. Los que ven recibieron la paz y la ofrecieron a los que creen. Los que creen reciben la justicia, porque *el justo vive de la fe*<sup>81</sup>. Los ángeles ven, y anuncian lo que ven; y nosotros creemos. *En el principio existía la Palabra, y la Palabra estaba en Dios, y la Palabra era Dios*<sup>82</sup>; Juan lo vio, y nos predicó a nosotros para que creamos. Y así, por medio de los montes que recibieron la paz, las colinas recibieron la justicia. ¿Qué dice, pues, de estos montes? No dijo que por sí mismos tienen la paz, o que confieran la paz, o que generen la paz, sino que recibieron la paz. Recibieron la paz del

<sup>78</sup> Jr 17,5.

<sup>79</sup> Sal 120,1. 2.

<sup>80</sup> Sal 71,3.

<sup>81</sup> Rm 1,17.

<sup>82</sup> Jn 1,1.

Señor. Por eso, levanta tus ojos a los montes buscando la paz, para que tu auxilio sea el Señor, que hizo el cielo y la tierra. El Espíritu Santo al evocar nuevamente estos montes, dice: *Tú iluminas admirablemente desde los montes eternos*<sup>83</sup>. No dijo: los montes iluminan, sino: *Tú que iluminas desde los montes eternos*. No son los montes, sino Tú, quien predica el Evangelio por medio de estos montes, que quisiste sean eternos. Éstos son los *montes que rodean Jerusalén*.

5. Sigamos adelante para que podamos entender correctamente cuáles son los montes que la rodean; prestemos atención y veremos que donde la *Escritura* menciona los buenos montes, muy rara vez y difícilmente, o quizás nunca, deja de nombrar al Señor, o lo da a entender al mismo tiempo, para que no pongamos la esperanza en los montes mismos. Se me ocurren ahora muchos ejemplos: *Elevé mis ojos a los montes, de donde me vendrá el auxilio*; y para que no te quedes allí, añade: *Mi auxilio viene del Señor, que hizo el cielo y la tierra*; y también: *Reciban los montes la paz para su pueblo*; si dice *reciban*, nos muestra que hay una fuente de paz, de donde ellos la reciben. Otro ejemplo: *Iluminas desde los montes*; pero añadió: “*Tú*”, pues dice: *Tú que iluminas maravillosamente desde los montes eternos*. Igualmente, al decir en este lugar *los montes la rodean*, añadió a continuación para evitar que te quedes en estos montes: *Y el Señor rodea a su pueblo*, para que tu esperanza no se afiance en los montes, sino en Aquel que ilumina los montes. Pues como habita en los montes, es decir, en los santos, Él rodea a su pueblo y lo protegió con la muralla espiritual para que no vacilara jamás.

Por el contrario, cuando la *Escritura* habla de los montes malos, no agrega “Señor”. Estos montes, ya se los dije muchas veces, simbolizan ciertas almas grandes, pero malas. Tengan bien presente, hermanos, que no eran pequeñas las almas que se hicieron herejes. Por el contrario, eran almas sumamente dotadas que atrajeron a muchos al error. Sólo los hombres dotados se han hecho herejes; y cuánto más dotados, más malvados. Pues no eran montes que pudieran recibir la paz para transmitir la justicia a las colinas, sino que recibieron la discordia de parte de su padre el diablo. Eran ciertamente montes; pero cuidate bien de no dirigirte a ellos. Pues vendrán hombres y te dirán: “¡Qué grande hombre fue Donato! ¡Qué gran hombre es Maximiano! Y dicen que también Fotino fue un gran hombre y también Arrio!” A todos éstos llamé montes, pero cenagosos. ¡Cuidado! porque brilla en ellos alguna pequeña llama de palabra y enciende un fuego momentáneo.

Si navegan sobre un leño y cae la noche, es decir, la oscuridad de esta vida, ¡no se engañen, no suban a esta nave! Porque allí hay peñascos, hay grandes naufragios. Cuando te hablen maravillas de estos montes y empiecen a persuadirte para que te acerques a ellos como a un sitio de refugio para descansar, responde: *Confío en el Señor. ¿Por qué decís a mi alma: “Escapa como pájaro al monte”*<sup>84</sup>? Conviene que eleves tus ojos a los montes de donde te viene el auxilio de parte del Señor, y así evitarás caer como pájaro en la trampa de los cazadores: No escapes hacia estos montes. El pájaro es inconstante; en todo momento se mueve; todo el tiempo vuela de un lado a otro. Tú confía en el Señor, y serás como el monte Sión; no vacilarás jamás y no tendrás que escapar como el pájaro a estos montes. ¿Acaso habla aquí de estos montes, llamándolos “*los montes del Señor*”?

**6.** Ama, entonces, a los montes en los que habita Dios. Ellos te amarán si no pones en ellos la esperanza. Veamos, hermanos míos, cuáles son los montes de Dios. En otro lugar son llamados de este modo: *Tu justicia es como los montes de Dios*<sup>85</sup>. No dijo “la justicia de ellos”, sino *tu justicia*. Escucha a este monte, escucha al apóstol que dice: *Para ser hallado justo en Él, pero teniendo mi justificación, no a partir de la ley, sino de la fe en Jesucristo*<sup>86</sup>. A quienes desearon ser montes por su propia justicia, como algunos judíos o los fariseos más importantes, se les hace este reproche: *Desconociendo la justicia de Dios y tratando de establecer la suya propia, no se sometieron a la justicia de Dios*<sup>87</sup>. Los que se sometieron, de tal modo son excelsos, y al mismo tiempo son humildes. Y porque son excelsos se les llama montes; por someterse a Dios son valles, pero como son piadosos, reciben la abundancia de la paz y transmiten su desborde a las colinas. Ahora, con todo lo dicho, fijate entonces a qué montes amas. Si quieres ser amado por los buenos montes, no pongas tu esperanza ni siquiera en los buenos montes. Porque ¡qué monte era Pablo! ¿Vas a poder encontrar otro parecido? Hablo de la grandeza de los hombres. ¿Podrá encontrarse fácilmente alguno con tan inmensa gracia? y, sin embargo, temía que aquel pájaro pusiera su esperanza en él. Pues ¿qué dice? *¿Acaso Pablo fue crucificado por vosotros*<sup>88</sup>?

Levanten los ojos a los montes, de donde nos vendrá el auxilio,

<sup>84</sup> Sal 10,2.

<sup>85</sup> Sal 35,7.

<sup>86</sup> Flp 3,9.

<sup>87</sup> Rm 10,3.

<sup>88</sup> 1 Co 1,13.

porque yo planté, Apolo regó; pero nuestro auxilio procede del Señor, que hizo el cielo y la tierra, pues *Dios da el crecimiento*<sup>89</sup>. Por eso, *está rodeada de montes*. Pero, como *los montes están a su alrededor*, así *el Señor rodea a su pueblo desde ahora y por siempre*. Entonces, si *los montes están a su alrededor y el Señor rodea a su pueblo*, el Señor une con el vínculo de la caridad y de la paz, para que quienes confían en Él, como el monte de Sión, no vacilen jamás; y esto sucede *desde ahora y por siempre*.

7. *Porque el Señor no dejará que la vara de los pecadores se extienda sobre la suerte de los justos, para que los justos no extiendan sus manos a la iniquidad*. Es cierto, que ahora los justos sufren un poco, y además, por momentos, los perversos dominan a los justos. ¿De qué modo? Por ejemplo, cuando los impíos consiguen los honores del mundo, o alcanzan ciertas dignidades, y son constituidos jueces o reyes. Esto también Dios lo hace, para instruir a sus fieles, para instruir a su pueblo, que debe demostrar a las autoridades los honores debidos. En efecto, Dios ordenó a su Iglesia, honrar a toda potestad establecida en este mundo, aunque, sólo a veces, sean los más capaces. Pondré un ejemplo a partir del cual se puede deducir la jerarquía de los poderes.

La primera y más básica potestad del hombre sobre otro hombre es la que se da entre el señor y su siervo. Este tipo de relación se halla en casi todas las familias. Hay *señores* y *siervos*; los nombres son diversos, pero *hombres* y *hombres* son nombres iguales. ¿Qué dice el apóstol cuando enseña a los siervos que deben someterse a los señores? *Siervos, obedeced a vuestros amos carnales*; y lo dice así porque hay otro Señor en cuanto al espíritu. Él es el verdadero y eterno Señor; en cambio, éstos, los del mundo, son señores temporales. A quien va por el camino, y vive esta vida, Cristo le dice que no quiere que sea soberbio. “¿Te hiciste cristiano y tienes a un hombre por señor?” Pues bien, no te hiciste cristiano para sacudirte del yugo de la servidumbre. Cuando Cristo te mandó que sirvas al hombre, no sirves a este hombre, sino a quien manda. Por esto dice el apóstol: *Obedeced a vuestros señores de la tierra con temor y temblor, con sencillez de corazón; no sirviendo para ser vistos, como buscando agradar a los hombres; sino como siervos de Cristo, cumpliendo el querer de Dios de corazón y con buena voluntad*<sup>90</sup>.

Fíjate que no hizo de siervos, hombres libres, sino de malos siervos, siervos buenos. ¿Cuánto deben a Cristo los ricos, que les ordenó la casa! Y, allí donde hay un siervo desleal, Cristo lo convierte y no le dice:

<sup>89</sup> 1 Co 3,6.

<sup>90</sup> Ef 6,5. 6.



“Abandona a tu dueño, ya has conocido al que es tu verdadero Señor; tal vez el amo carnal es impío e inicuo, tú eres fiel y justo; es indigno que el justo y el fiel sirva al inicuo e infiel”, en lugar de eso le dijo: “Sirve”. Y para confirmar esto dijo al siervo: “Sirve a ejemplo mío, pues yo, antes que tú, serví a los inicuos”. Pues, ¿quién le hizo padecer al Señor tantos tomentos sino los siervos? ¿Y qué siervos sino los malos? Si hubieran sido buenos siervos, hubieran honrado al Señor. Pero, como eran malos siervos, lo ultrajaron. Y Él, por su parte ¿qué hizo? Devolvió amor por odio, pues dijo: *Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen*<sup>91</sup>. Si el Señor del cielo y de la tierra, por quien fueron hechas todas las cosas, sirvió a los indignos, rogó por los despiadados y enfurecidos, y viniendo, se mostró como médico (pues también los médicos estando en mejores condiciones que los enfermos los sirven con arte y la pericia) ¿cuánto más el hombre debe aceptar servir a su amo de todo corazón, con todo empeño y con todo el amor, incluso si fuera malo?

Presta atención: el mejor sirve al peor, temporalmente. Lo que dije del señor y del siervo, hay que entenderlo de las potestades y reyes, de toda autoridad de este mundo. Algunas veces las potestades son buenas, temen a Dios; otras no le temen. El emperador Juliano fue infiel, apóstata, inicuo, idólatra; sin embargo, los soldados cristianos sirvieron a un emperador infiel; pero, cuando se presentaba la causa de Cristo, sólo reconocían por emperador a Aquel que estaba en el cielo. Cuando quería que adoraran a los ídolos, y les ofrecieran incienso, ellos ponían a Dios por delante. Sin embargo, cuando les decía: “Poneos en formación, atacad a aquella nación”, al momento le obedecían. Distinguían al Señor eterno del señor temporal y se sometían al señor temporal en razón del Señor eterno.

**8.** ¿Acaso los inicuos estarán siempre por encima de los justos? No será así. Escuchen lo que dice este salmo: *Porque el Señor no dejará que la vara de los pecadores se extienda sobre la suerte de los justos*. La vara de los pecadores se siente, sólo en este tiempo sobre la heredad de los justos, pero no permanecerá eternamente allí. Llegará el tiempo en que se reconozca un único Dios; llegará tiempo en el que Cristo aparecerá en esplendor de su gloria para congregar a todas las naciones delante de Él y las divide, como el pastor divide las ovejas de los cabritos: pondrá las ovejas a la derecha, y los cabritos a la izquierda<sup>92</sup>. Allí se verán muchos siervos entre las ovejas, y muchos señores entre los cabritos; como también, muchos señores entre las ovejas, y muchos siervos entre los cabritos. Pero, no por el

<sup>91</sup> Lc 23,34.

<sup>92</sup> Mt 25,32. 33.

hecho de que hayamos alabado a los siervos, quiere decir que todos ellos son buenos, o porque censuramos de algún modo la soberbia de los señores, quiere decir que todos ellos son malos. Hay fieles que son buenos señores, y también hay malos; hay fieles que son siervos buenos, y también hay malos. Pero, cuando los siervos buenos sirven a los malos señores, los soportan en este tiempo, *porque el Señor no dejará que la vara de los pecadores se extienda sobre la suerte de los justos. ¿Y por qué esto? Para que los justos no extiendan sus manos a la iniquidad.*

Así pues, que los justos soporten temporalmente a los inicuos dominadores y entiendan que esto no es eterno, y de este modo, se preparen para poseer la eterna heredad. ¿Qué heredad? Donde se destruirá todo poder y potencia para que Dios sea todo en todos<sup>93</sup>. Guardándose, entonces, para esto, lo contemplan con el corazón y aferrándolo todavía por medio de la fe, ansían poder verlo eternamente, por eso *no extienden sus manos a la iniquidad*. Porque, si vieran que siempre la vara de los pecadores se halla sobre la heredad de los justos, reflexionarían en su interior y dirían: “¿De qué me sirve ser justo? ¿Es que siempre me va dominar el inicuo y siempre tendré que ser siervo? Entonces, yo también voy a hacer lo que está mal, porque de nada me sirve guardar la justicia”. Para que no diga esto, la fe le insinúa que al menos durante este tiempo, puede hallarse la vara de los inicuos sobre la heredad de los justos, pues *el Señor no la abandona sobre la heredad de los justos, para que los justos no extiendan sus manos a la iniquidad*, sino que se aparten de ella, la soporten, y no la cometan. Mejor es soportar la injusticia que cometerla. ¿Por qué dice que no permanecerá siempre? *Porque el Señor no abandonará la vara de la iniquidad sobre la heredad de los justos.*

**9.** Esto piensan los rectos de corazón, de quienes dije poco antes, que hacen la voluntad de Dios, no la suya. Los que quieren seguir a Dios, dejan que Él vaya por delante y ellos lo siguen; no van primero ellos y Dios detrás, porque en todas las cosas lo encuentran bueno, ya sea que corrija, consuele, ejercite, corone, purifique o ilumine, como dice el apóstol: *Sabemos que a los que aman a Dios, todas las cosas les sirven para bien*<sup>94</sup>, y, por lo mismo, prosigue el salmista: *Haz bien, Señor, a los buenos y a los rectos de corazón.*

**10.** Así como el recto de corazón se aparta del mal y hace lo que está bien, porque no envidia a los pecadores, aunque ve la paz de los ini-

<sup>93</sup> 1 Co 15,28.

<sup>94</sup> Rm 8,28.

cuos, así el de corazón perverso, tropieza en los caminos del Señor, se aparta de Dios y obra el mal. Este último es seducido por el deleite del mundo, enlazado y cautivado por él, debe pagar con amargas penas. Como se apartó de Dios, al no querer soportar sus exigencias, la falsa felicidad de los males se le volvió, por designio de Dios, un verdadero lazo. Por ello, añade a continuación: *Y a los que se inclinan al daño, el Señor los llevará con los que obran iniquidad*, es decir, con aquellos a quienes imitaban, porque amaban los placeres terrenales que ellos gozaban y no creyeron en los tormentos futuros.

Los rectos de corazón que no se apartaron del buen camino ¿Qué poseerán? Tengamos presente la heredad, hermanos, puesto que somos hijos ¿Qué poseeremos? ¿Cuál es la herencia? ¿Cuál es nuestra patria? ¿Cómo se llama? Paz. Por ella nos felicitamos; la anunciamos: es la que reciben los montes, mientras las colinas reciben la justicia. Ella es Cristo, pues *Él es nuestra paz, Él hizo de los dos pueblos uno solo y derribó la muralla que los separaba*<sup>95</sup>. Poseeremos la herencia porque somos hijos, ¿Cómo se llama esta herencia? Paz. Fíjense que los desheredados no aman la paz; no aman la paz, porque dividen la unidad. La paz es la posesión de los piadosos, la posesión de los herederos. ¿Quiénes son los herederos? Los hijos. Escuchen lo que dice el Evangelio: *Bienaventurados los pacíficos, porque ellos serán llamados hijos de Dios*<sup>96</sup>. Y escuchen también, la conclusión de este salmo: *Que la paz venga sobre Israel*. Israel significa *el que ve a Dios*, y Jerusalén, *visión de paz*.

Detengámonos aquí para entender bien: Israel significa *el que ve a Dios*, y Jerusalén, *visión de paz*. ¿Quiénes no vacilarán jamás? *Los que habitan en Jerusalén*. Por eso, no vacilarán jamás, los que habitan en la visión de paz y la paz sobre Israel. Siendo, entonces, Israel el que ve a Dios, es también el que ve la paz. Y el mismo Israel es Jerusalén, porque el pueblo de Dios es la misma ciudad de Dios. Por tanto si *el que ve la paz* es el mismo que *el que ve a Dios*, con razón decimos que Dios es también la paz. Cristo, Hijo de Dios, es la paz, por eso vino a buscar a los suyos y separarlos de los inicuos. ¿De qué inicuos? De los que odian Jerusalén, de los que odian la paz, de los que quieren desgarrar la unidad, que no creen a la paz, que anuncian la paz falsa al pueblo y no tienen paz. Cuando éstos dicen: “La paz esté con vosotros”, y se les responda: “Y con tu espíritu”, les estaremos diciendo que hablan con falsedad y oyen también lo que es falso. ¿A quiénes dicen: “La paz esté con vosotros?” A los que ellos mismos apartan de la paz porque posee la tierra. ¿Y a quiénes se contesta: “Y

<sup>95</sup> Ef 2,4.

<sup>96</sup> Mt 5,9.

con tu espíritu”? A los que provocan divisiones y odian la paz. Si tuvieran paz en su espíritu, ¿no amarían la unidad y abandonarían la discordia? Por tanto, anunciando lo falso, oyen lo falso. En cambio, nosotros anunciamos lo verdadero y escuchemos la verdad. Seamos Israel y abracemos la paz, porque Jerusalén es visión de paz y nosotros somos Israel, y *la paz está sobre Israel*.